



ESCOMBROS

FELIPE MONTALVA PERONI

EDICIONES INUBICALISTAS

FELIPE MONTALVA PERONI

ESCOMBROS

CUENTOS

EDICIONES INUBICALISTAS

Entonces, le decía a ella, los pensamientos surgidos en estas circunstancias eran como una piedra lanzada a la oquedad de una piscina sin agua, en un recinto deshabitado.

Sonaban de cierta forma y su eco acababa salpicando, fugazmente, todas las paredes y el cóncavo cielo de concreto.

Era muy distinto a cuando la piscina rebosaba agua y muchedumbre.

13 de marzo

EL TONO QUE SE DESVANECE

Muchos años después, el hombre, al volver a caminar por esta carretera, recuerda cuando fue joven y podía explicar su vida con canciones de ciertas bandas, un puñado de libros y quizás un par de películas. Posiblemente, le agregaba la biografía amañada de alguien ya muerto, que hoy contempla, más bien, con distancia. Como cuando vuelve a ver a amigos de aquella época, que cada vez son menos, y raleadas en el calendario las fechas de encuentro.

Pero el hombre (llevado por razones que ahora no importan) camina nuevamente por la berma de esta carretera entre dos localidades del sur de Chile.

Puede contarle a quien quiera oír que, en tiempos recientes, ha leído sobre la historia de este sitio. Cree que así puede ver lo que antes desconoció. Rastrear señales en los silencios de las personas con las que se topa. Interpretar escenas sueltas. *Entender la lengua para lograr leer el libro del territorio*, ha anotado últimamente en su computador. Entretanto, las hojas de los árboles se ponen rubias y cobrizas, inmersas en la niebla que sube desde el río.

(...)

El hombre hace poco, ha escrito también:

*Yo era un joven enojado
Mi rabia era un tropa de bestias
que, a veces,
arremetía contra mí*

*Yo era un joven triste
El placer era una ostentación imperdonable*

Estaba bien dormirse en la calidez de la insatisfacción.

*Yo era un joven resentido
Conocía de antemano las reglas y el final de los juegos
Los otros -el resto- sólo actuaban.*

*Yo era
Yo era
Yo era*

Ahora no soy ni tengo nada.

(...)

Una tarde de verano de esos años, en esta misma carretera, el hombre que fue joven se sentó, transpirado como estaba, a esperar que algún camión o camioneta lo llevara.

Acababa de bajar desde la cordillera, donde los sucesos eran como recipientes que, arrastrados tras de sí, levantaban un ruido tal que lo alejaba del entorno. Las historias de los pewenche; sus vidas tan distintas a la suya. Una charla con un hombre y una mujer, a la luz de una vela. La montaña que parecía cerrarse como una mano, una noche de tormenta, donde las vacas habían llegado hasta el interior de la minúscula casa, construida por ellos mismos, con troncos labrados a puro hachazo. La montaña de coigües, lengas, ñires y pewenes; oscura y vibrante. En esa noche, sentado frente a ese hombre y su mujer, sintió que la tierra se remitía únicamente a ellos. Eran un fulgor viviente, mínimo.

(...)

El hombre que fue joven rememora que aquella tarde hizo dedo un rato. En el peor de los casos, si nadie lo llevaba había un bus que salía desde una localidad cercana y podía trasladarlo hasta una ciudad pequeña, a unos 40 kilómetros. De ahí, la Panamericana era otro flujo. Ya debía estar en la hora. Aún sentía calor pero había aprendido (algo había aprendido) que, en estos valles, el día concluía temprano y apenas el sol se marchaba, la cordillera desataba su imperio de gelidez. Miró una señal caminera. Le lanzó piedras y celebró el estampido metálico cada vez que hizo blanco.

(...)

Hoy, el asfalto se traga la fricción de las llantas. Los camiones petroleros van y vienen desde la frontera, y los que cargan troncos abandonan en el aire, por instantes, un poco de olor a selva desvirgada. El hombre se sienta en una piedra. Con una diferencia de pocos minutos, tres vehículos se detienen cerca suyo; abren una puerta y desde el interior alguien pregunta si lo lleva. Él contesta que *no, gracias* y sonríe cuando se van. Coge una piedra, busca un objetivo pero cuando lo encuentra, constata que la señal caminera conserva los cráteres en miniatura de decenas de balines.

(...)

De aquella época recuerda:

Subirse a un camión y aceptar la invitación de los obreros a que se fuera con ellos, arriba de los árboles mochados; y hacerlo, y luego descender a trompicones por una huella rypiada apenas. Entre salto y salto, los obreros le preguntaban si le gustaría trabajar en el bosque, como ellos. Él más bien pensaba, en cada curva, que si el camión volcaba se aferraría a un tronco para volar por el aire, sobre las quilas. No se soltaría por nada para salvar el pellejo, creía.

Compartir un poco de pan y medallones de mortadela

con algunos estudiantes que volvían del internado. Uno de ellos, le dijo que no veía a su familia desde el invierno. También le contó el modo en que había que cruzar la cordillera si estaba nevada. La hora precisa para no hundirse.

Despertar por la noche y escuchar a una mujer que pronunciaba una lengua que desconocía por completo. Ignorar si la mujer hablaba en sueños. O rezaba. O lloraba. La lengua sonaba como un lamento. O era otra voz la que se expresaba por su boca.

Dormir en las cercanías de un sendero, donde había hecho la carpa apenas, de agotado que estaba, y al día siguiente despertar con las voces de los campesinos que pasaban por ahí. Oír sus risas camufladas. Sus expresiones de asombro lanzadas al aire como preguntas.

Escribir.

Tomar un vino que sabía a mierda con un par que luego subió a una camioneta y se fue conduciendo al ritmo de guarachas y corridos mexicanos, que tenían esas letras de alcohol, enamoramiento y soledad penitencial.

Atravesar los quilantales en la oscuridad, antes del alba; intentar seguir el tranco de una pareja pewenche que subía una risca. Oler el aire, frío y liviano. Imaginar que era la vida lo que aspiraba.

Observar el crepúsculo con esa jovencita de la que recuerda el aroma a durazno fresco de su boca.

Escuchar a un anciano que quema trigo y avena y pide perdón, para que no tenga que huir de su tierra, para que el cielo se abra, para alejar a los malvados.

(...)

Recuerda que el bus nunca pasó. Le paró un Ford 1500 que arrastraba un carrito. Tenía patente argentina. Era raro porque los extranjeros casi nunca llevaban a alguien haciendo dedo.

Se acercó. Al volante iba un tipo de unos 40 años, acompañado de una mujer. En el asiento de atrás, sumergidas entre bolsos y ropa colorinche había 2 niñas pequeñas. El hombre le habló con acento transandino. *Sentate donde puedas*. El joven entró al vehículo. El tipo hundió el acelerador y bajó el parasol. Primero cruzaron frases de cortés exploración. *De dónde venís. Dónde vas. Qué manera de bajar la temperatura*. La mujer sólo tuvo palabras para las niñas, para preguntarles si las abrigaba o tenían sueño.

El hombre recuerda que se divertía en esos diálogos. Fundamentalmente mentía. Inventaba biografías, procedencias diversas. Pero esa vez no fue necesario porque el conductor habló largo, sin apartar la mirada de la carretera.

No era argentino. Había nacido en Chile, en una de esas ciudades pequeñas que se desparramaban a algunas decenas de kilómetros. Muy joven había cruzado la frontera, no de turista

sino para trabajar. Ganarse la vida era su mapa. Así había llegado hasta una ciudad de la costa atlántica, donde se especializó en plomería. *Gasfitería le dicen acá*, apuntó. Llevaba residiendo allá el mismo tiempo que la vida del jovenzuelo que había cargado en el asiento trasero. Ahora retornaba a su país y fue desmenuzando razones. Luego agregó preguntas, que derramó al aire mientras su mujer lo contemplaba. *Sé laburar en gas, albañilería, plomería, electricidad... Algo encontraremos por acá.*

(...)

El hombre que fue joven recuerda que después vino el crepúsculo y se tornasolaron las plantaciones de alfalfa, a un costado de la carretera. Que le pidió al plomero que lo dejase en un cruce. Vino la despedida, breve, que no sería recordada. Más bien, ahora sentado en esta misma carretera, el hombre constata que ha retenido -y le conmueve- el anhelo blindado de confianza de ese chileno *con mina y bebitas*, que regresa a una interrogante; que ha hecho un trato ante sí, ante nadie.

El hombre, que ayer permanecía albergado en ese jovenzuelo, piensa y escribe hoy:

Qué porfía esa de llamarle esperanza al mañana.

(...)

Cuando pasaron por uno de los pueblos, el plomero recordó que *de pibito* iba a la plaza con sus amigos, al final del día, a jugar a la pelota. A veces, un contingente de gansos atravesaba el sitio y los niños arrancaban pues conocían las mordeduras de esas aves que lucían como una pandilla.

Una tarde, contó, pasó por el pueblo un negro. Era el primero que veían en persona. Hasta ese momento sólo habían visto fotos de Cassius Clay o Pelé en los diarios que, muy de tarde en tarde, vendían en un almacén. El negro avanzó por la calle principal, jineteando una bicicleta construida completamente de madera. El plomero recordaba el ruido que metía. Como una carreta liviana, tácatat-tácatat-tácatat, y un chirrido recurrente que competía con el canto de las aves del atardecer. Los niños pararon la pichanga y miraron la figura oscura que se acercaba. Uno se atrevió a saludarlo alzando una mano, tímidamente, pues ignoraba qué idioma hablaría el forastero.

El negro se estacionó frente a ellos. Les habló en un castellano extraño, que parecía brincar como lo hacía su bicicleta por el camino. Les agradeció el saludo y respondió algunas preguntas. Por ejemplo, que la bicicleta se la había fabricado él mismo y barnizado para que durara todo el viaje. También dijo otras cosas que el plomero extravió. El negro subió nuevamente a su invento. Los niños lo observaron despedirse, sonriendo.

Luego, el golpeteo y el canto del pájaro se alejaron con él por el camino, mientras el último relumbro del sol se trepaba al follaje de árboles y matorrales.

¿Dónde habrá ido ese chabón? ¿De dónde habrá venido? Se preguntaba el plomero, esa vez, mirando siempre hacia adelante, mientras el sol repetía el ciclo y cedía su tono de oro, por algunos instantes al paisaje.

Eres ese cocodrilo en la celda, esa tortuga en el petróleo
pero intentas vivir como si nada.

30 de marzo

PUERTO PORTAL

Recuerdo cuando te marchaste a Puerto Portal. Semanas antes, cabizbajo sobre la melamina sucia de una mesa, en una fuente de soda de cerro, allá en Valparaíso, confesabas que te sentías terriblemente viejo. Que apenas tenías 30 pero los escasos años de trabajo como profesor, en un liceo cuyas salas describías como containers, te iban causando una trizadura en algún lugar del cuerpo y desde allí, tus pensamientos de estudiante pobre y provinciano pero esperanzado en la lucha social, lentamente comenzaban a escaparse. Esa noche, me hablaste de Gacitúa ¿te acuerdas? Ese tipo que parecía anodino en la universidad, pensabas, pensaron, y que terminó en la primera plana de El Mercurio de Santiago, caminando junto a los detenidos de la CAM, escoltados por un pelotón completo de Fuerzas Especiales. Gacitúa, ese que en el primer año de historia, les dijo a todos que si fuera por ser un animal, a él le gustaría ser araucaria, y volverse grueso, generoso, mudo y solitario, y todos nos reímos. Sólo tú guardaste silencio, supongo contrariado pero respetuoso.

Hablabas de Gacitúa esa noche mirando por la ventana, como si quisieras verlo afuera, con el mismo abrigo marrón con que te lo encontraste en la plaza de Viña, en el invierno de 199... cuando te dijo *me voy, hueón, no aguanto más esta mierda*, y tú no entendías, sólo mirabas su rostro neblinoso y pensabas en un jovencito acorralado, que porta un AK-47. Gacitúa te hablaba de esas tierras a las que había viajado meses antes por primera vez. Esos árboles color del crepúsculo, tales eran sus palabras; esa gente endurecida pero que era leal y transparente como el agua que, saltando sobre los peñascos, caía a un costado de la choza. Gacitúa se despedía, oliendo a tabaco, barro y pólvora y tú te quedaste en la plaza, en ese anochecer aglomerado de luces, en medio de los taxis colectivos y las liceanas, sin saber si considerar ese momento como un signo o correr tras él.

Pero tuviste lo tuyo.

Esa noche, en esa fuente de soda de cerro, también me dijiste que estabas harto; por eso la sombra en tus ojos, por eso la cerveza, por eso Gacitúa. Por eso yo.

Luego te marchaste a Puerto Portal. Todavía alcancé a verte en aquellas últimas noches en el puerto. Estabas con tu mujer, con la que emprendías el viaje. Reservado como eras, no bebiste en exceso ni prometiste nada. Sin embargo, me alegró que la contundencia del viaje hubiera serenado tu rostro.

Pasó ... ¿Cuánto? ¿Un año? Viajé a visitarte a Portal por primera vez en primavera. Me costó encontrar tu casa pues no

vivías en el pueblo sino en un sitio desde donde se divisaba el río, allá abajo, entre los árboles; gris, eterno y silencioso. Contra tus pronósticos no trabajabas en el liceo de la localidad. Contabas que te habías propuesto cultivar la pequeña cantidad de tierra alrededor de tu casa. Plantar árboles frutales, construir un invernadero. Juntabas las cáscaras y los restos de comida para el compost, decías, tirándolos en un tarro a un costado del lavaplatos. Tenías 2 perros y 2 gatos que dormían fuera. Tu mujer trabajaba como profesora en una escuela rural. Hasta habías perdido las canas que insinuabas aquella noche de la fuente de soda. Si bien confesabas que el invierno había traído un poco de sacrificio -tú que al igual que yo provenías del soleado valle central- y te declaraste en cautividad por semanas de lluvia sureña, ahora, en septiembre, mientras metías trozos de leña a la cocina, y cortabas plumas de cebolla, sonreías. Sonreías, sí. La casa estaba caliente, tu mujer estaba por llegar y la esperabas con una sierra al horno, una botella de vino y la música de tus discos grabados.

Al año siguiente, volví a tu casa en agosto. Ahora trabajabas de profesor pero te dabas maña para seguir con tus planes agrícolas. Decías que te sentías un anarquista agrario. Querías comprar la propiedad donde vivías. Sumabas y restabas. Fabricarías cerveza o tendrías abejas. Te endeudabas. Tu cara sólo se ensombrecía cuando te preguntaba por el pueblo; por ese Puerto Portal de calles de ripio y almacenes que vendían hasta

ropa usada. Aquí la gente no es buena, comentabas. Si quieres poner un negocio debes partir de la base que la gente no tiene plata y es de doble filo, decías. Quizás un puesto de completos, bromeaba yo pero tú mirabas al cielo raso y cambiabas de tema.

Tras un tiempo, supe por una carta tuya que tu mujer se había enfermado y que no haría más clases. En el verano siguiente, sentados en torno a la mesa de cocina, me hablaste largo de Puerto Portal. Tus planes continuaban pero eran para marcharse. En este pueblo, decías, porque no hay dinero ni trabajo, la gente simplemente tiene como afición ocuparse de la vida ajena. Más que la lluvia, la niebla y el frío, lo que hace que la gente se guarde al cesar la luz diurna es que otros hablen del mismo modo de cómo lo hacen ellos. Te pregunté por tus colegas. Sonreíste con tristeza. Me contaste de cómo te pareció, hace algunos meses, detectar ciertas coincidencias en un matrimonio de profesores que trabajaban en tu liceo, y tras platicarlo con tu mujer, decidieron invitarlos a cenar. Me hablaste de cómo se esmeraron en preparar algunas pastas para untar el pan; que compraron botellas de vino y que cocinaron un trozo de carne para el momento de la cena pero, fundamentalmente, para aquello que te era tan apreciado: Conversar. No de la vida de los portalinos sino de lo que te gustaba profundamente, la historia universal, el cine, la literatura latinoamericana... Por fin, imaginabas, alguien con quien hablar y reiniciar ese flujo al que te habías acostumbrado en Valparaíso: La vida.

Me dijiste que cuando esa pareja de profesores llegó hasta el jardín de tu casa y saliste a recibirlos, notaste en sus rostros esa expresión entre somnolienta y adusta de los habitantes de Puerto Portal. Contaste cómo entraron a tu casa, a la casa que tú y tu mujer habían decorado, todos estos años, poniendo imágenes y colores queridos. Un grabado en blanco y negro de un gato de Valparaíso, de esos que hace el Loro Coirón; un tejido con una mujer multicolor que alguien te trajo desde México; un cuenco peruano; tus libros, tus discos y casets de rock latinoamericano. Observaste, con un temor creciente, cómo esos objetos eran recorridos con expresión calculadora por la pareja de profesores, que al sentarse en un sillón, su primera frase fue *Venimos de pasaita nomás porque nos están esperando en otro lado*. Luego se marcharon sin probar nada y nunca volvieron a cruzar más palabra que el saludo, en los pasillos o el patio de la escuela o en el consejo de profesores.

Puerto Portal, dijiste, con la mirada perdida en la noche sureña, siempre fue un lugar aislado. La gente que venía sólo era para trabajar en la siderúrgica que una tarde fue engullida por el mar. Los que se quedaron son pescadores que van entre Cristo y el alcohol. Me hablaste de lo que habías escuchado del maremoto del 60 y de las vacas muertas, colgando de las ramas de los árboles al retirarse la última ola. Del horizonte que se volvió advertencia para siempre. En Portal llueve, hace mucho frío, necesitas leña todo el tiempo, decías, sin mirarme; la gente

se encierra en sus casas, recela del afuerino, de aquel que llega con otras costumbres, hasta del que viene con otra ropa... pero no lo enfrentan; lo miran desde la cortina a medio cerrar, nunca a los ojos, desde la amargura del mate, apretando con los dientes el pico de la bombilla; con palabras a medio terminar, echando los animales a tu predio, botándote los cercos, disparando sus escopetas, borrachos, a la profundidad de la noche, despertándote, tirándote de la cama, poniéndote debajo hasta escuchar cómo los gruñidos se alejan; o remendando las frases, como si te maldijeran pero, en verdad, como si estuvieran todos cagados de miedo, de hambre, de frío; de silencio, ese silencio hostil que queda cuando las palabras no bastan; que se cobra venganza y cose los labios, y deja a la gente abandonada, sin esperanzas y recelando, decías, decías, decías.

Sin embargo, tú y tu mujer continuaron en Puerto Portal. Al cabo de un tiempo, tus cartas y correos electrónicos dejaron de llegar. De ti me fui enterando por otra gente. Pero eran retazos. Tu mujer recaía enferma. El auto que compraste se quedó en pana en medio de la lluvia y tuviste que bajar a empujarlo en una cuesta. Construiste una cabaña pensando en alquilársela a los turistas. Seguía lloviendo. Pensaste en comprar un arma. Postulabas a un trabajo en otra ciudad. Silencio.

Cuando te vi, por última vez, seguías en Puerto Portal. Habías encanecido otra vez y ya no sonreías. Hablabas conmigo con la vista pegada en el televisor encendido. Luego, te pasaste

gran parte del tiempo ordenando la leña del galpón y quejándote del tiempo, que pasaba rápido, y uno no se daba cuenta. Lo decías suspirando, con cansancio, como si las palabras -o el tiempo mismo- te hubiera llenado los pulmones; lo decías y tu voz se confundía con el sonido de la lluvia que caía. Tras un rato, enmudeciste. Tu mujer estaba en la cocina haciendo no se qué cosa. Te llamaba a cada tanto pero tú no le hacías caso.

Te mencioné a Gacitúa y seguías mirando el río, silencioso, gris y eterno.

Escribo hoy lo que olvidaré mañana

23 de junio

HUELLAS

Regresar a una ciudad es siempre volver a una mujer, le dijo el hombre a un conocido y sintió como si un cuchillo le cayera encima. O mejor: El cuchillo había sido lanzado por él mismo y resquebrajó, cenital, el iceberg de aplomo con el que había pretendido rodearse, en estos primeros días de regreso a su país. Tanto le afectó la frase que luego la templó con un par de bromas. *Depende si a uno le gustan las mujeres*, añadió, seguida de: *O puede ser un cuerpo, solamente*, y remató para sí el chiste: *O la sombra de uno*. El hielo ya no se agrietaba sino que caía en escamas a sus pies. Tras el silencio de su compañero de charla, en esa ciudad grande que detestaba, la capital de su país, a la que siempre llegaba como de paso, envueltos en ese calor de diciembre que los ponía lentos, mientras bebían cerveza, cambió de tema y se puso a describir los nuevos edificios que habían construido en la cuadra.

Pero a la noche siguiente no aguantó más. Regresó finalmente a su ciudad, y se animó a ir hasta el barrio de los bares, en uno de los vértices del puerto. Sí, las calles no habían cambiado después de tantas catástrofes. La gente seguía allí.

Caminando sin rumbo; buscando algo inexistente. Cuántas veces, mientras estuvo lejos, soñó con noches como esta. El aroma del mar impregnándolo todo; las gaviotas -que son las que presagian el terremoto- revoloteando sobre las grúas y los faroles; chillando, agrupándose y luego quedando solitarias de un modo incierto; los rostros de los conocidos apareciendo desde una masa informe, como si se corporeizaran sólo en el último momento. Uno de ellos, el de su antigua mujer. Su *ex* mujer. Qué estúpido suena. Ese *ex* la vuelve singular. La categoría permanece invariable. Es un término tan terrible como la expresión *me separé* (seguía castigándose sin piedad), como si uno mismo se volviera dos partes, irremediablemente.

Su *ex* mujer presentándole a su nuevo hombre. ¿Lo soñó o era cierto? Los rostros que surgen desde el gentío no lo aclaran. Se la encuentra en una habitación contigua al living de una casa donde reside una conocida de ambos. Ella busca su cajetilla de cigarros y él vuelve del baño. Él... ¿Qué hace él aquí? ¿Por qué tiene que coincidir con su *ex* mujer en esta pieza donde no duerme nadie? Que es un cuarto de paso, un lugar sin nombre donde ponen cajas, maletas y objetos sin uso; con ese tubo fluorescente que provee aquella luz que los hace parecer más viejos; que los instala como si estuvieran en la cocina de *su* antigua casa, la que compartieron años atrás, derribada por el terremoto, devorada por las gaviotas; los dos puestos forzosamente en situación de cotidianidad, como com-

partir un ascensor con un desconocido. A él se le resbalan las gafas desde la montura de la nariz porque es diciembre, hace calor y transpira al agacharse a recoger sus cosas pues ya se va. Cuando se incorpora, con ese movimiento que luego calificará de torpe, se encuentra con los ojos grandes y oscuros de su *ex* mujer. Cuántos años, piensa él. Otro país, otras ciudades, el terremoto, otros cuerpos, otros amaneceres. El nuevo hombre que ella le acaba de presentar hace un rato, y él no puede resistirse, pillado así, y le pregunta, como no lo haría con nadie más ¿*qué pasa?* llamándola por el sobrenombre que le puso años atrás, como acostumbraba, bajito, como si como si se tratara de un personaje que los dos inventaron y compartieron bajo y/o dentro de esa luz tenue llamada intimidad, en *su* antigua casa demolida, y él antes de terminar la frase, constata espantado que no; que lo que acaba de pronunciar está inapropiado; que algo ha escapado de sí, como si se hubiera embriagado y desconociera el relieve que pisa, y antes que repita esa pregunta ridícula ¿*qué pasa?* ella lo mira con sus ojos grandes y oscuros, con la frialdad fracturada por dosis crecientes de molestia, y le contesta *nada, nada*.

Pero esta noche recorre su antigua ciudad y se encuentra a otra mujer. Se saludan con sorpresa fingida pues se conocían de antes. La ciudad es pequeña y las personas ruedan desde los cerros. Charlan un par de nimiedades y él distingue en sus ojos otra cosa. Él la invita, ella acepta. Toman cerveza en un

bar que quedó en ruinas tras el terremoto. Se vino abajo el techo y él, a cada tanto, puede ver las gaviotas que pasan por encima, con sus grititos, buscando basura que abunda en esta ciudad. Cuando niño, él reparaba en que las gaviotas siempre peleaban entre sí y tenían un lunar rojo en uno de los lados del pico, que confundía con una gota de sangre. No es linda ella, piensa el hombre cuando la ve pararse para ir al baño y le mira el poto; tiene los hombros gruesos, usa el pelo corto, rapado a un costado; parece un muchachón; además, lo contraría tanta brusquedad al hablar. ¿Será que se acostumbró, allá lejos, a que la gente no se maltrata verbalmente como sí acostumbran en *su* país, en *su* ciudad? Se ríe internamente. La recuerda: Cantaba en una banda punk que tocó en un local de este mismo barrio. Le llamaban La Morgue porque era un subterráneo donde decían que había funcionado el Departamento de Anatomía Patológica del hospital local. Ahora no recuerda bien si aquella noche, donde escuchó a la banda de esta mujer, fue la misma donde acuchillaron a un tipo en la escalera. O cuando, en medio de una riña, lanzaron una botella a una cañería en la pared, la rompieron y el líquido turbio y maloliente de las cloacas de toda la manzana se esparció por el lugar, y todos tuvieron que correr a la superficie. Las gaviotas estaban allí, pasando por arriba de sus cabezas. Gritando como niños enloquecidos. Riéndose de todos ellos.

Ella lo invita. Su cuarto es el más profundo de la casa.

Avanzan por un pasillo y él distingue los ronquidos desde las puertas cercanas.

Se sientan en el colchón con un par de latas de cerveza en la mano. Ella enciende un cigarrillo. Al inicio se le resiste; tengo pareja ahora, le dice, entre sus brazos, como si ensayaran una exploración sobre la intensidad del deseo sexual. Se desvisten. Ella tiene labios nuevos, carnosos, que quieren tragárselo en cada embestida. Él se pone el preservativo y la penetra en silencio.

Tras quedarse inmóviles, piensa: Cuando venga el siguiente amante, las huellas que dejó en su cuerpo se borrarán; las cavidades que parecía se acoplaban se llenarán, primero torpemente, luego con gradual normalidad. Después todo se olvida. Desaparecerán esos rastros, esas huellas, que permitían al amante reconocer el cuerpo del otro sobre la camilla fría de la morgue.

Se duerme.

Sueña con su ciudad arrasada por un terremoto.

Cavar el vacío con la memoria

29 de mayo

LA VUELTA

La piedra viene cayendo. Es un punto caliente y oscuro en mitad del cielo. Él mira hacia arriba. Sabe que enfrente, unos metros más allá, atravesando la calzada, hay un grupo de personas. Escucha sus gritos. También las detonaciones y otros ruidos. Piezas que se rompen, objetos que se arrastran. Una frase que termina bruscamente.

Lo sabe.

Solamente observa la piedra que cae.

(...)

Sube a la máquina. Aspira. Goma, lubricante, petróleo. También fritanga, sudor rancio, mal aliento, mierda. Imagina un pantano. Hombres y mujeres a medio sumergir en el líquido legamoso. Los rostros quietos. Los ojos abiertos. Las bocas detenidas en una sola sílaba. Se sienta e introduce la llave. Gira y hace contacto. El rugido de la máquina lo tranquiliza. Mira al frente. Enciende las luces. En un segundo aparece allí, otra vez, el muro sin pintar de la garita. También un par de colegas, con

la cabeza a medio sumergir en la parka verde oscuro de la línea, caminando apurados rumbo a sus respectivas máquinas. Pisa el embrague. Pasa primera. El esqueleto se estira. Lo oye crujir bajo sus pies. Luego viene una sacudida. Como si la máquina tartamudeara. Él se endurece porque no le gusta esa sensación. Como si estuviera temblando. Pisa el acelerador. Mueve el manubrio. Pasan delante suyo la garita, el kiosko, el portón abierto. El rondín que le hace una seña con la mano, lanzando vapor. Él lo imita. Levanta la diestra cuando pasa por su lado. Enciende la radio. El locutor hace un chiste sobre una noticia de ayer. Avanza, avanza. Comienza a descender.

(...)

Está el Araña y está el Mosca. El Araña lo acompaña algunos días a la semana. El Mosca, las noches de viernes y sábado. Al Araña lo conoció en el garage de Chispa. Ayudaba. Eso decía. Difícil separarlo del entorno. Escaso de carne, sombreado de aceite y mugre. El Araña habla poco. Dice que vive en La Futuro de Chile, la población que se ve allá arriba. Una corona de latones y vigas resacas por el sol. El Mosca debe dormir en algún pasaje del cerro Cordillera porque cuando lo deja en el puerto, lo divisa subiendo por calle Castillo. El Mosca es como un dibujo animado hecho de basura. Si no tuviera tanta cara de loco habría sido número fijo en un espectáculo infantil.

Lo encontró sapeando en Errázuriz. Con un lápiz bic sobre la oreja y un cuaderno, al que parecía haberle mordido los bordes. O quemado con algo. Los ojos muy abiertos, enrojecidos. Las delgadas manos como antenas al cielo. Los dedos emitiendo señales. Códigos. La dos a diez. La cinco a siete. La veintitrés a diez. El Araña un día le preguntó si lo podía acercar a una calle del cerro. Él no le puso problema y lo sentó a un lado. El Araña guardó silencio durante todo el trayecto. Al Mosca le tiraba unas monedas. De repente un sándwich, sobre todo, cuando lo notaba macilento. *Teníai las pepas de este porte; se te veían de allá del puerto.* El Mosca le hace una reverencia. Inclina la cabeza, esconde los ojos incendiados y junta las manos, como si orara. Él no sabe si reír. El Araña se acoda en el panel, bajo el vidrio curvo del parabrisas. De reojo, él se da cuenta que ni siquiera mueve los dedos con la cumbia que sale del parlante. Como si viniera de otro continente y estuviera descubriendo esta ciudad, sus subidas y bajadas; sus trampas y sus modos de fugarse. El Mosca le ayuda los fines de semana con los borrachos. *Los saca de una patá en la raja cuando se ponen espesos.* El Araña le colabora con el aseo de la máquina. Él le tira unas monedas. También se despide con una reverencia.

(...)

La piedra viene cayendo. Y el sol ¿dónde está? se pregunta.

Quiere buscarlo pero no puede.

¿O el sol es la piedra?

(...)

La vuelta siempre es igual. Llega a la calle Los Alelís. Avanza 2 cuadras cortas hasta que se topa con la plaza Esmeralda. Ahí suben pasajeros. En la mañana, los escolares y los trabajadores que bajan al plan. Luego, más tarde, gente que va a hacer trámites. Horas después, descarga de regreso a los adolescentes gritones y agresivos. *Parece que vuelven peores de la escuela.* Unas niñas de falda gris y chaleco violeta abren una de las ventanillas de atrás e insultan a unos adolescentes vestidos con ropa deportiva, sentados sobre unos juegos en la plaza. Luego se ríen estruendosamente. Él sube la música de la radio para apagarlas.

La mujer sube en ese sector, acompañada de otra, un poco más joven. Él no distingue su rostro aquella vez. Ni siquiera repara en que ella demora el pago.

(...)

A su manera, el Araña y el Mosca son como Castañares y Jaramillo, sus compañeros de unidad. Uno hablaba poco y al otro siempre le brillaban los ojos. Se conocían. Eran de cerros

vecinos. O jugaban en clubes de la misma asociación. O habían pasado por el mismo liceo. También estaba Torres, el instructor. Pero Torres no provenía del puerto. Una vez, les contó que había nacido en el sur pero que se había ido de niño a Santiago. Fue lo más cerca que llegaron a su vida.

A Torres sí lo relaciona con las paredes pintadas con látex verde nilo, como a la rápida, que tenía la unidad; donde podía verse también la sombra de unos dedos. O una suela que se desgranaba. También vincula a Torres con la foto; la del paisaje tirolés, cerca del casino. El pasto verde y abundante, salpicado por flores. En medio, serpenteando, un arroyo. Un poco más al fondo, la casa de los tirolese, recién pintada, pulcrísima. A los campesinos no se les veía por ninguna parte pero debía ser gente feliz, pensaba él. Cerca del cielo raso, la fotografía había comenzado a fisurarse y -esto no pudo explicárselo jamás- a curvarse, como una cáscara de plátano, revelando las manchas de humedad y los cadáveres de zancudos, secos y aplastados.

(...)

Ahí están marchando los estudiantes otra vez. No saben hacer otra cosa. Tanta marcha, adónde creta va a ir este país. No le gustan los estudiantes. A veces, no les para. O le pide al Araña o al Mosca que los eche cuando, en el fin de semana, viajan apestando a cerveza. Aquí sube por la pisadera una que podría

ser su madre. No parece ni joven ni estudiante, sin embargo, empuña un carnet que le permite viajar con precio rebajado. En su máquina. Él observa la fotografía y su rostro pecoso y esmirriado, medio oculto por una melena que, seguramente, no se lava hace semanas. *¡Putá, qué salís fea!* exclama. La mujer no le responde. Él se gira y la mira *¡La carita que te gastai!* Comienza a reírse. El Araña o el Mosca lo acompañan en la carcajada. A la mujer se le congelan las monedas en los dedos. Él las toma, corta el boleto y se lo extiende. *Abí tenis... Insolente de cara.* El Araña o el Mosca aplauden. La mujer se aleja por el pasillo, sin decir palabra.

(...)

El gentío también puede ser un banco de humo muy denso. ¿Desde ahí alguien ha lanzado la piedra?

(...)

Ni él, ni Castañares ni Jaramillo, les veían las caras, al principio. Torres venía del rancho, limpiándose la grasa del mentón con el reverso de la mano. Les dijo que iban a llegar. Pasó un rato. Los traían en una camioneta. Cinco cuerpos amarrados con la cabeza cubierta por una capucha. Caminaban lentamente; los pies sin dirección, sin peso. Torres los dejó vigi-

lándolos. Antes de marcharse les advirtió *Estos hueones son muy peligrosos. Si escapan los van a matar a ustedes y a toda su familia.*

(...)

Oscurece. El Araña o el Mosca le han dicho que vaya allá arriba; donde termina o comienza la ciudad. Saca el letrero y enfila por calles estrechas, en medio de casas chatas y enrejadas que parecen trincheras.

(...)

Fuma. Está solo y fuma. En la radio, dos locutores imitan a una pareja de homosexuales. Los ecos de los ladridos de los perros le llegan curvos, como volutas. El viento los trae de un cerro a otro.

(...)

En la unidad, Torres les repetía que no les creyeran. *Son chamullentos estos hueones*, decía. También contaba que tenían harta plata porque se la mandaban desde afuera. Además, les indicaba la cantidad que había que aplicarles. Que no había que darles agua. Lo que importaba eran los nombres, las direcciones. Por razones que él no entiende hoy, en la bodega aquella

podía ver siempre a Torres pero ni a Castañares ni a Jaramillo. Andarán en la calle. Buscando gente. O de francachela, piensa.

(...)

En medio de las gaviotas y las palomas suspendidas en el aire, el Araña o el Mosca miran hacia abajo, al mar fosforescente, ajeno; a veces, con la pipa en la mano. Luego se giran y le dicen, muy convencidos *en un momento tendrá que llegar el castigo por todo lo que hemos hecho ¿Qué cree usted?*

(...)

¿Pasará la piedra por encima de mi cabeza o me golpeará?

(...)

De noche, Valparaíso es un cuenco gigante. Yo no veo el mar. No veo el cielo. Veo un gran agujero negro rodeado de puntos luminosos que posiblemente sean dientes. O colmillos. Valparaíso es una boca inmensa. Una boca que está a punto de pronunciar un nombre. Yo no quiero que diga el mío.

(...)

Le viene el recuerdo cuando, en otra noche, recorría una calle de cerro, con una mujer de entonces, sentada ahí al lado, medio mirándolo, medio tarareando la canción de la radio, medio hablando cuestiones sin valor. Esa noche, venía un tipo durmiendo atrás, en los últimos asientos. Desde el retrovisor lo veía inclinado hacia un lado, como si apoyara la cabeza en alguien que ya se hubiera bajado, moviéndose con los temblores de la máquina. *Un curao*, le decía la mujer de entonces. Cuando faltaba poco para llegar a la garita, en un sector donde las casas se sumergían a un costado del camino, el tipo se puso de pie; de alguna parte sacó una vara de fierro y caminó hacia delante. Cuando llegó a su lado golpeó el pedestal donde los pasajeros se agarran al subir. La mujer de entonces dio un salto y gritó. El tipo le dijo que se detuviera y que le pasara las monedas. Él le contestó que si quería la plata *ahí estaba*. El tipo olía a vertedero. Con la mano izquierda comenzó a sacar las monedas de la pecera y metérselas en el bolsillo de canguro del buzo. Tal como esperaba, empezó a ponerse nervioso. Gritaba insultos pero sonaban dirigidos a la noche, o a otros choferes y otras acompañantes. La mujer empezó a sollozar, *como si la plata fuera suya*, pensó. Cuando se le cayeron las primeras monedas supo que había llegado el momento. El tipo se inclinó. Él se levantó veloz desde el asiento, le agarró el pelo y le estrelló la cabeza contra el parabrisas. La mujer de entonces gritó nuevamente. El tipo soltó la vara. Se derrumbó por la pisadera. Cayó a la

oscuridad. Él cogió el fierro y bajó. Comenzó a pegarle como si quisiera extraerle todo el aire desde los pulmones. El otro se cubría la cabeza y los costados pero los brazos no le alcanzaban. Los fierrazos lo transformaban en una sombra envuelta en ropa deportiva. Se puso a llorar, se meó, *no me matís, conchetumare, por favor, no me matís*. Cuando se detuvo, la mujer de entonces bajó de la máquina, insultándolo y pateó a la sombra en la cabeza.

(...)

Dos cuadras después de la plaza Esmeralda vuelve a subir la mujer vieja acompañada de la joven. Esta vez, el período de tiempo en que se pone a un costado y le pasa las monedas es extenso. Tanto, que él lo detecta y se voltea. Ella, tras sus lentes gruesos, también lo examina. Muy morena, pelo canoso y corto. Su cara semeja un tronco, grueso, endurecido por la lluvia. Un tronco que no han podido cortar jamás. *Yo a voh te conozco*, le dice ella. Él pestañea. Está sólo. Sin el Araña o el Mosca. Andarán en la calle. *Voh soi el Lara*, continúa la mujer. *¿De qué está hablando, señora?* quiere decirle pero las palabras se le despedazan y no las puede rearmar. Más bien, le responde algo así como *¿Quién es usted?* La mujer repite la frase y agrega el nombre completo de su unidad. La de Torres. La de Castañares y Jaramillo. La de la foto tirolesa. Algo ocurre. El

resto de los pasajeros no se queja; no reclama por el atraso. La mujer joven también lo observa. Sus ojos lucen como muescas sombrías sobre los pómulos. Él quiere decirles algo pero ellas comienzan a bajar.

(...)

Tal como terminó de hablar Jaramillo, una tarde, acodado en el mesón de la botillería que tiene en el cerro, *en un momento tendrá que llegar el castigo por todo lo que hemos hecho.*

(...)

Cuando está cerca de la plaza Esmeralda, los ve. Un grupo de personas que avanza por la calle, lentamente. Toca la bocina pero tiene que parar. En un momento, distingue a las dos mujeres, la vieja junto a la joven, desde abajo, apuntándolo con su índice. Luego, alguien sube hasta el interior de la máquina y le lanza a la cabeza un puñado de papeles. En ese instante, él ve decenas de rostros que caen a su alrededor; que cubren el panel y el manubrio. Los rostros quietos; los ojos abiertos. Lo observan a él.

(...)

La piedra que viene cayendo es oscura pero pareciera que carga tanto sol, tanto cielo, que al hacer contacto con el parabrisas lo enceguece. El horizonte se hace añicos. El grito se le amontona en la tráquea. No puede salir. No va a salir.

Ya no hay vuelta atrás.

(Ellos dicen)

Llegaste, como otras veces que llegas a nuestra casa. Era un día de primavera; había sol. Andabas de *shores*, con polera. Venías con una mochila pequeña. Por eso, supe que no alojarías.

Cuando me acerqué, vi que estabas muy curao. Probablemente habías pasado a beber a la caleta. Cargabas una botella plástica con un poco de aguardiente. Entraste a la casa. Seguiste bebiendo con la mirada perdida. Estabas borracho pero algo me decía que no era así.

El Toño te preguntó por qué tomabas. No le respondiste.

Es una tristeza grande la que te habita.

Algo ocurrirá.

20 de junio

LA POSICIÓN DEL ARTISTA

Viaja en tren hasta el conurbano. Ha atravesado la ciudad en microbús, para acercarse a la estación de trenes. Es el horario donde la urbe parece atorarse con tanto humano deseoso de llegar a casa. En el andén de la estación, el artista se cierra la chaqueta. Hace frío. Otros repiten el gesto. Algunos comen un pancho de pie en alguno de los negocitos. Otros se acompañan con una gaseosa o una cerveza. Otros miran el horizonte oscuro de la línea férrea como al futuro. Sobre todo hay silencio.

Viaja en tren, rodeado de otros como él pero no como él, piensa. Él es un artista, nada menos que de la imagen en movimiento y se traslada hasta una cena de gala en una de las ciudades del conurbano para, posiblemente, recibir un premio por un video que ha presentado en una competencia. La primera de su vida ¿Será la última? Vuelve a pensar.

Viaja en tren. Mirando. Apretando al del lado cuando lo empujan. Empujando a otro cuando su agresión puede pasar desapercibida. Total, pocos se miran entre sí. Un hombre se

duerme de pie mientras su brazo cuelga de la baranda del techo. Otro busca sus auriculares en la campera; una mujer esponjosa y rubia habla y habla con su vecina de asiento, que carga un bebé moreno como un trozo de pan tostado. Una pareja de cartoneros se aprieta a un costado de la puerta de ingreso. Todos se mueven rítmica pero disparejamente. La noche abraza a todo el convoy.

Viaja a la cena de premiación en remís. Se ha bajado en la estación de la ciudad del conurbano donde nadie lo conoce y donde, de seguro, nadie escuchará sus gritos si cae. Siempre piensa esas huevadas. ¿Seré yo el único artista a bordo de este tren? ¿El único en esta estación? ¿El único de toda esta pequeña ciudad? Antes, ha mirado un autoadhesivo en el estribo del vagón: “Si puede leer esto su vida corre peligro”.

Viaja en remís. El chofer es casi de su edad. Lo ha detectado. *Vos no sos de aquí.* ¿Eso es bueno o malo? Escucha Rage Against the Machine. El camino, contemplado como una aparición en medio de la oscuridad, y la sensación de avanzar sin sobresaltos, transforman la conversación en un ejercicio de miradas al vacío. Por hacer un comentario, el artista le pregunta si es que siempre el tren viene tan atestado. El chofer le responde que eso resulta inevitable pues faltan carros y locomotoras. El Estado cogestiona un servicio privatizado hace 20 años, cuando nadie se dio cuenta de lo que le perpetraban a los ferrocarriles nacionales. O a nadie le importó. Y a los que sí, o eran minoría o los callaron. *La cosa aquí funciona así ¿viste? Y con el actual*

gobierno pasa algo parecido. Si vos hacés alguna crítica te dicen que te los querés cagar y es imposible discrepar. A él mismo le pasó en una empresa de transporte de la zona. Quiso respaldar a unos compañeros que se rebelaron contra el sindicato burocratizado y la pelea se saldó con el despido de todos.

El remís llega ahora al puesto de guardia del club de golf, donde se celebra la cena de gala. Les piden los documentos de identidad y los papeles del auto. Dos uniformados examinan que el nombre del artista esté en la lista de invitados. *Sí, ahí está,* escucha que dicen. Los guardias le indican al chofer dónde es. Le muestran un mapa. *Usted avanza por esta recta y luego va a encontrar un bulevar a la derecha. Por ahí va a encontrar el salón de recepciones.* Al artista le impresiona la longitud del recorrido.

Viaja en remís a través del golf club. Un camino delimitado por focos. Una constelación que lo salva de caer en la nada. El chofer le comenta que el sitio es más bien un country y que pertenece al holding del jefe del gobierno de la ciudad capital. *Ahí, detrás de la cancha, están las mansiones donde vive la gente rica,* indica. Luego le comenta que todas las casas tienen piscina y un carrito. ¿Para qué? pregunta el artista. *El carrito para ir a jugar al golf.* Obvio. Cómo no lo pensó antes.

Llega. Se baja del remís frente a la casona iluminada en mitad de la noche, en mitad del campo de golf, el desierto verde, pulcramente cortado y con una laguna artificial. Una escenografía. De fondo, envolviéndolo todo, el irregular relieve sonoro de

las aves de orilla, los grillos y las ranas. Dentro de la mansión, luces tenues y una atmósfera como el artista cree haber visto en filmes estadounidenses de los años 70; corbatas brillantes, sacos color crema y vestidos de noche satinados; esto parece un matrimonio o una reunión de negocios, se dice, mientras se le aproxima un hombre que le pregunta si trae algo para dejar. No, dice el artista, vengo a la premiación del concurso... *Ah, es por ahí*, le responde y le muestra donde están los invitados. El artista, quien ha estado una semana antes en cierto festival de cine local, recuerda esa desprolijidad construida en las estéticas de directores y espectadores. Las barbas florecidas, las gafas de marco oscuro, los jeans ajustados. Ese mix actitudinal de quien parece haber descendido de un avión, hace pocos instantes, y comienza a recorrer con la mirada, a descubrir, más bien, el entorno que lo rodea, por primera vez. Paneando, oh. Nada de eso hay aquí. Abundan la sonrisa y el interés sincero o simulado. Pero él no conoce a nadie. Nadie lo mira ni lo saluda. Es verdad: Nadie escuchará sus gritos si cae.

Deambula. La organizadora del festival se le acerca pues lo ha visto días antes, cuando fue a entregar los dvds para la competencia. Traje de noche. Maquillaje que plastifica sus facciones. Sonrisas protocolares y *servite lo que quieras*. *¿Estás solo?* Sí, porque la entrada para un acompañante era carísima y así quién, quiere decirle él pero sabe que sobre hechos consumados, a esta hora de la noche y a kilómetros de distancia, no hay nada

que reparar. Su mujer estará mirando televisión. Además, esta sensación de perplejidad, como de estar buscando el número de la casa en los pórticos de la cuadra, lo tiene muy bajo en habilidades sociales. De fondo, suena música. Phil Collins, *Another day in paradise*.

Bebe. Eso sí, bebe mucho vino. Todos parecen conocerse. Tras un rato puede distinguir esos rasgos gremiales. Sobre todo entre los más jóvenes, más jóvenes que él, ay.

Sale. Algunas parejas fuman, muy civilizadamente. Todos parecen ocupados en sus asuntos. Allí, en la escalinata, un par de chicos lampiños y terneados llaman a personas distintas desde sus celulares. La imagen le parece una performance. Dos mujeres llaman a otra en algún punto de la ciudad. Se ríen, comentan lo vip del evento, que el lugar está *total* pero tampoco conocen a nadie.

Desde fuera observa que empiezan a servir la cena. Puede hacer pronósticos. Lo sentarán en una mesa donde será una especie de naufrago. Donde se las ingeniará para ocupar los 8 cubiertos que ponen junto a su plato, con ese criterio que vio en alguna película. ¿De afuera hacia dentro? Donde le preguntarán quién es y dónde estaba cuando ocurrió el terremoto. Donde quedará con hambre, *mirando pa' la carnicería*, como dicen en su país. Donde verá los videos ganadores y descubrirá que ninguno es el suyo. Donde uno de los asistentes no le dirigirá palabra ni mirada, en ningún momento. Donde seguirá bebiendo vino.

Donde observará la premiación y a los jurados ebrios que insultan artísticamente a la concurrencia. Donde uno de los tipos sentados en su mesa se liará a descalificaciones con uno de los organizadores. Donde otro de los comensales de su mesa le pedirá perdón por el escándalo y él preguntará por qué, si lo ha pasado tan bien.

Eso queda para algunas horas más, posiblemente. Posiblemente no. Ahora camina por el exterior. Baja los peldaños de la mansión que terminan en el prado. Contempla la naturaleza domesticada. O mejor: La naturaleza de diseño. Se aleja de la casona iluminada y del runruneo de los invitados y la música de confort. Sí, es un campo de golf, con senderos y trampas de arena; con los carritos estacionados y encadenados. Camina, camina, con la copa de vino en la mano. Se aleja. Llega hasta la laguna artificial. Busca con la mirada las aves de orilla. Alguna rana. En ese momento, lejos de la mansión y la premiación, el artista se pregunta, por primera vez ¿Habrán soltado los perros?

La posibilidad que los sueños sean un modo de introducirte en la vida de otras personas.

17 de mayo

PASAJEROS

La ciudad es nueva y desconocida.
Cuando avanza en el bus se siente como un topo para el que sólo existe lo que va perforando.

(...)

Los días se parecen. Despierta de madrugada, abandona la pieza que arrienda, se moja la cara en el lavamanos y luego se dirige a la cocina a prepararse un café; todo lo hace en silencio para no despertar a los otros que duermen en el departamento. Luego enfila al paradero. A veces, corriendo para escaparle al frío; otras lento, contando los postes y los rayados en las paredes. En ocasiones, el canto de un ave le trae un recuerdo, como si oyera hablar una lengua que sólo él y el pájaro conocen.

Hace el recorrido casi completo. Como un estanque el bus se llena, se vacía y se vuelve a llenar hasta que sólo restan algunos solitarios y dormidos. Entre ellos, él.

Desde la ventana, mira un letrero en la avenida. *¿Con quién vas a pasar esta noche?* Una mujer lo observa seductora.

Él siente, en dosis parecidas, una llamarada en el estómago y una arruga en el corazón. Se responde: Con nadie.

Una noche, cuando regresa, ve que tres hombres se suben al bus y tras recorrer una porción de pasillo quedan mirándolo. Luego, se sientan un poco más adelante. Visten parecido: Casacas de plástico y buzos con capucha que evidencian mucho ajeteo. Uno carga una mochila. Tienen más o menos su edad. Hablan fuerte. Parecen molestos. El de la mochila se voltea a observarlo. Tres, cuatro segundos. Luego gira la cabeza. El grupo descende en una plaza desierta, donde el grueso follaje de los árboles oculta la luz de los faroles.

Pasan los días. Parecidos.

(...)

Rara vez pone el celular para despertar. Sabe que el sol sale un poco antes de las 7. Sin embargo, él comienza a oír la ciudad un par de horas antes. Un eco lejano y metálico. Una inminencia. Así se levanta.

Camino al paradero, toma nota mentalmente: En la calle hay varios galpones donde se estacionan los camiones para cargar y descargar. Algunos están detenidos sobre lo que queda de vereda. A su barrio lo bautizaría La Tierra de los Trailers.

Al anochecer, cuando retorna en el bus, piensa que no está bien quedarse el fin de semana encerrado en su pieza, viendo televisión.

Tiene la cabeza en eso cuando detecta en el pasillo a los tres hombres nuevamente. Le da la impresión que se hubieran prestado la ropa entre ellos. El que llevaba mochila ahora viste un buzo, con un diseño que imita un tatuaje o un dragón al que acaban de descuartizar. Otro luce un archipiélago de costras secas en un costado de la cara. Los tres se sientan y se ponen nuevamente a hablar entre sí.

El bus avanza. Cada uno de los tres se gira, en algún instante, a mirarlo. Uno tiene una barba de pocos días. Ese lo examina más detenidamente. Alza el mentón un poco. Puede ser un saludo o una intimidación. Luego se voltea.

Al bajar, el desconocido se demora un par de pasos para observarlo otra vez. Lo llama por un nombre que él nunca había escuchado. Los otros esperan. El de la barba florecida pronuncia el nombre nuevamente. Como él se queda inmóvil, el trío termina de descender en la plaza desierta. Antes que la puerta del bus se cierre, alcanza a escuchar que los hombres vuelven a discutir.

Baja, como siempre, casi en la garita. En la Tierra de los Trailers. Es de noche y al enfilarse hacia el block observa los romances de los adolescentes del barrio. Mira cómo se citan entre los camiones estacionados; bajándose una cerveza, hablando como si tararearan una canción. Alguien enciende algo. Suena una cumbia sin fidelidad desde algún celular. A su nariz llega un aroma dulzón que le sugiere barro y ropa vieja. Las

figuras pierden sus contornos. Manchas negras y risueñas que se aprietan entre tubos y neumáticos. Luego, echan a caminar con ese aire como de exploradores que reconocen el terreno tras una batalla que ha arrasado cuadras completas. Manos en los bolsillos. Alguien pinta un jeroglifo en un muro. Alguien raya un insulto contra otro. Uno hace saltar el picaporte de una puerta y corre a esconderse. Otro escribe en una pared que todavía recuerda a una chica que vive en otra calle. Otro vuelca un tarro con basura. Otros se meten en los restos de cañería que pusieron bajo la avenida principal y se empujan y ruedan, como si pilotaran en un deporte que no tiene ganadores sino lesionados. Los medallones de plástico corrugado se hacen pedazos o caen horizontales con sus pilotos maltrechos que ríen enloquecidos. Una cuadra más allá, vuelven a los muros. Los de este barrio escriben que son mejores que los del barrio vecino. Las frases tienen siempre esa misma entonación. Unos mandan, otros corren. En esa esquina algunos comienzan a despedirse. Los más duros, se quedan en un vértice, en silencio, mirando el horizonte dentado de blocks, casas pareadas y parabólicas. Un gato atraviesa la calzada tras saltar desde un contenedor de basura.

Él camina sigiloso. Sabe que no es de ahí y que las miradas se le cuelgan en la espalda.

(...)

Tras despertar mira por la ventana de su pieza. Observa las filas de luces amarillentas y anaranjadas. La ciudad nueva es plana y delgada. En un instante saldrá el sol. Cada vez que emerge, la mantarraya luminosa que es la ciudad de noche, deja de brillar.

(...)

El fin de semana se queda mirando televisión hasta la madrugada. Casi al final, llega a una película que no sabe de dónde es. Temprano había salido a comprar cerveza al almacén cercano. Mordisquea un pollo asado, bebe lata tras lata y luego se queda dormido.

(...)

Se esconde mientras la policía allana un lugar. Tiene oídos para los golpes, las órdenes brutales y los cuerpos arrastrados. Tiene olfato para los meados y el sudor.

Ahora va y saca una ametralladora desde un bolso deportivo. El aparato es de un modelo ya caduco; suena como un pedazo de cañería relleno de tuercas y pernos. Entra al mall o al aeropuerto o al supermercado o a la sala de espera y, como

en un carrusel, abre fuego, despejando el horizonte. Mientras tira y tira, aún tiene tiempo de mirar a algunos, de imaginar su vida hasta ese momento. Puede pensar: Este es un hombre al que le gusta el sabor del queso fundido de la pizza al tocar la lata. De niño creyó ser John Lennon y su primera novia se llamó Julia. O este niño, con la cabeza destrozada, tenía miedo a las lagartijas pero sabía esconderlo muy bien frente a sus amiguitos de la cuadra. Quería un celular para jugar pokémon-go. O a esta otra, tirada como abrazada a sí misma, cuando él pasa por encima, le molestaba el olor del cloro en las manos tras fregar la tina. A esta le gustaban las naranjas. A este, a esta, a esta, a este.

Sigue disparando hasta que la ametralladora se queda sin monosílabos de fuego. Luego se pone de rodillas para acoger los disparos que, de seguro, lo arrebatarán de este pedazo de suelo que acaba de incendiar.

(...)

Entra de anónimo en el local de una asociación de trabajadores municipales. Hay una exposición en una pequeña sala lateral. Divisa a una empleada con la que se acostó hace algunos meses. Estaban borrachos al salir de un restorán. Pensó que estaba por lanzarse desde un barco en medio de la marea nocturna. Se besaron pobremente. Luego, en una pieza alquilada, se quitaron la ropa pero él no la pudo penetrar. Algo lo

detuvo. Algo que se le figuró como una casa de un piso, en un barrio donde todas lucen similares y la gente se conoce por el nombre y conversa sobre el clima y la televisión.

Pasa a una pieza donde pernoctan los obreros que hacen turno. Una cama de una plaza, con frazadas grises y baratas, una banca por velador y un televisor en miniatura apagado. Le repugnan las sábanas usadas y las prendas ajenas en ese dormitorio que bien puede ser un nicho; los calcetines todavía enrollados, los calzoncillos tirados al pie, la camiseta manchada. Está muy cansado. Comienza a amanecer.

(...)

Es su abuela muerta quien lo recibe. Le pregunta cómo está y si quiere servirse algo. Un calor conocido, una bóveda invisible, hecha de actos, platos favoritos y sonidos tenues y bajos, en medio de esta ciudad donde los edificios proyectan una sombra violácea sobre los callejones y puentes. El río turbio se cubre de hojas y pétalos de ciruelo joven. Su abuela con un delantal cosido por ella misma pues, durante años, fue modista. Él responde que bien pero que sólo quiere acostarse y dormir. Ella sonrío. Probablemente se gire para continuar con el aseo matinal.

Antes le dice:

Acomódate. Tiéndete. Ponte oscuro.

Este es tu sitio. Lo sabes.

Cierra los ojos.

Desprende los restos de calle desde tus manos.

(...)

Al despertar, no distinguirá entre película y sueño. Las imágenes se le confunden para siempre. Le faltarán palabras para contarlo. Se quejará de la jaqueca y la acidez. Prometerá no volver a hacerlo.

(...)

Esta noche, los tres hombres vuelven a subir a la micro; caminan un poco por el pasillo, como si tantearan el terreno y se sientan algunos metros más adelante. El de la barba se ha afeitado y el de la mochila luce preocupado y ajeno. El tercero, el de las costras, lleva un parche curita sobre la ceja. Les habla a los otros de un modo que él no puede entender si es un regaño o un chiste.

El afeitado se gira y lo descubre sentado. Lo llama con el mismo nombre de la noche anterior.

Él lo mira. Se toma su tiempo. Decide. Le responde.

Llueve. Trabajas.

Has decidido vivir en espera de algo pero lo importante sólo lo aprecias cuando queda a tus espaldas.

Llueve. Trabajas. Quieres decidir.

Te interrumpe el llanto de una guagua sacada a medianoche por una mujer joven y enferma. Es la casa de enfrente. La que olvidaron demoler.

25 de octubre

INÉDITO

Un tipo ese Federico Staforelli. Acababa de estrenar una película que se la habían rechazado en el mismo festival donde ganó 5 años atrás. Se llamaba “Metástasis de las palabras” y, por lo que me contaron (los pocos que la vieron en un estreno, en una pequeña sala del centro), se trataba de fotos fijas de algunos sitios reconocibles del territorio patrio, mientras diversas voces en off (u over, como se las denomina dependiendo del grado de acercamiento al mundo técnico-cinematográfico) leían párrafos de algunas obras también identificables (“fundacionales”, fue la palabra que usó Staforelli en una entrevista) de la literatura nacional. El mismo jurado que lo galardonó con el premio a la Mejor Ópera Prima del Festival de Cine Independiente de la Ciudad, esta vez rechazó incluso la exhibición fuera de competencia de “Metástasis de las palabras”, argumentando que aquel producto de la creación humana sencillamente no era cine. Tuve la oportunidad de conversar, en un pasillo del Festival, con Juan Sara, uno de los programadores y definió la cinta de Staforelli como un slide show. *El pibe ese*

se limó me dijo suspirando y mirando el horizonte. Es decir, evitando mi mirada. Adivino que a lo que apuntaban sus ojos era la interminable formación de edificios de la avenida Rivadavia que desde ese punto semeja un desfiladero. *El pibe ese se limó*, con la entonación melancólica de una voz en off (u over, como deseen llamarla), mientras el encuadre nos muestra ese cañón de construcciones de Capital, pintadas levemente por el resplandor de un sol que se aleja.

Algunas semanas después, Staforelli me recibió en su departamento para la entrevista pactada. No lo conocía personalmente y tuve que rastrear internet para identificarlo. Gordo, de cabellera lisa, oscura, peinada hacia un lado. Aspecto somnoliento pero del tipo de personaje que se ha quedado dormido sobre las pilas (iba a escribir piras) de libros, revistas y películas que se recetó. En la mayoría de las entradas de internet aparecía contestando entrevistas por su primera película, “País mercenario”, la de los galardones. Pero no íbamos a hablar de aquella ni de “Metástasis de las palabras” sino de su poemario, lanzado a la par del filme: “La sombra de las palabras”. Staforelli se sorprendió que la pequeña revista de izquierda donde colaboraba se interesara en su libro. Al hacerme pasar a la sala de estar me confesó que creía que los redactores todavía leían — y únicamente— el diario del Che Guevara y a Roque Dalton.

Pero Staforelli era un personaje. En primer lugar, me preguntó por el bolso que andaba cargando. Un poco descon-

certado le contesté que eran algunas cosas que tenía guardadas en casa de una amiga y ahora me las llevaba, tras terminar esta entrevista, a mi nuevo monoambiente. Me preguntó si por ser extranjero no era que andaba cargando mi equipaje de un lado a otro, cosa que negué sonriendo pero que, al cabo de un rato, me pareció muy acertada. Sentándose en un sillón y encendiendo un cigarrillo, inquirió qué traía en el bolso. *Concretamente*. Algunos libros, películas y libretas... le respondí, como eximiendo de valor el contenido. Noté que estaba siendo atrapado en su telaraña y que me costaría salir. *Qué libros*, volvió a preguntar. Staforelli parecía un niño vivamente interesado en el modo de funcionamiento de una bomba bacteriológica. Ese era el tono.

Tuve que abrir el bolso y mostrarle. Los libros eran mayormente de literatura y un par de cine, en los que no se interesó en absoluto. De la literatura tampoco dijo gran cosa... Rodolfo Walsh, Juan José Saer, Sergio Chejfec y Fabián Casas. *Veo que estás compenetrándote en la literatura argentina*, pronunció de un modo más teatral que sincero.

Pero el pequeño volumen de “El lugar ausente” de Matías Carlos Baratuszic lo sacó de sus casillas. Me pidió el libro. Se lo pasé. Lo cogió, levantándolo y mirando la portada como quien toma el feto de un ornitorrinco. *Este tipo es peligroso, peligroso...* comentó sin sacarle la vista... *Y editado por estos gatos locos de Editorial This is not... Nooo. Mal, mal.*

Era difícil determinar si Staforelli señalaba todo eso

evidenciando su molestia con Baratuszic. O que el impacto de ver “El lugar ausente” en esa edición pequeña y barata (cuando durante años fue un libro inhallable), de una editorial que tendría 4 ó 5 títulos publicados, todos de ese tipo, lo entusiasmaba o embriagaba de tal manera que lo hacía despojar las palabras de su sentido.

Luego me miró y abrió la boca: *Este Baratuszic estaba en la pesada en los 70. Este boludo formó parte de una turrada llamada Referente Ácrata, que se definían como anarquistas místicos pero que curiosamente tenían vínculos con la Baader Meinhof, el Ejército Simbiótico de Liberación y los compatriotas tuyos del Siloísmo Revolucionario, esos que posaban con ametralladoras coronadas de flores y no precisamente como una ironía hippie. Entre peronistas guevaristas y perros armados, la verdad, es que nadie los podría haber tomado en serio. Sin embargo, tu amigo Baratuszic y su mujer, una uruguaya loca llamada Ana Claudia Fullerton y algunos compañeros más, iniciaron un foco guerrillero. O mejor dicho, liberaron una zona en la cordillera, cerca de Aluminé, entre las comunidades pehuenches.*

Se detuvo. Estaba agitado. Aún sostenía el pequeño libro en las manos.

Fijate. Estos hijos de puta hicieron lo que ni siquiera un piquete de Montos o los compañeros de Santucho pudieron jamás. Todo con su verso que el Estado era el enemigo porque se había apoderado de las mentes de las personas, y que las ilusiones eran una

desviación pequeñoburguesa, y que había que destruir los coches para volver a sentir la distancia. Que la distancia sustentaba el discurso revolucionario. Allá en Villa Pichoy, o como se llame, un cacique llamado Tomasito Paillacán les creyó, los acogió y al cabo de un rato, estos Referentes Ácratas —o La Erre A, como firmaban sus comunicados, cuando estaban de humor— tenían en su poder una zona de por lo menos 10 mil hectáreas, con ríos, bosques, animales... Pudieron haber resistido durante años. Tu amigo Baratuszic...

Cuando Staforelli empleaba la expresión *tu amigo* era como si me llamara hijo de puta, en mi cara y en mala.

Hay algo más, prosiguió, Baratuszic conoció a mi padre. O mejor, mi padre lo conoció a él. Universitarios clasemedieros de Morón. Discutían todo el tiempo camino a la facultad. Mi padre todavía creía en esa zoncera que El General iba a regresar y construiría la patria socialista en la Argentina. Tu amigo Baratuszic lo escuchaba en silencio y cuando mi viejo terminaba le respondía con versos de Rimbaud...

“No estamos en este mundo/La verdadera vida está ausente”.

Fijate.

Hubo un nuevo silencio. Staforelli se quedó mirando nuevamente la portada del libro. Hasta ese momento, yo no había reparado en que la fotografía de tapa mostraba una araucaria (un pehuén) pintado con la técnica del estencil, en una desgastada pared de una ciudad latinoamericana. Luego me lo devolvió, concluyendo: *El único escritor con mierda en los intestinos de toda la Argentina.*

(...)

Pero el gordo siguió con mis libretas, que se amontonaban al fondo del bolso aunque no me pidió ninguna. Me comentó que le gustaban las novelas como libretas. *Me aburren las historias largas, esas que tenés que volver a las páginas de atrás para recordar quién era tal o cual. Prefiero algo que sea breve, que incluso quede sin terminar. Pero no esa idea pelotuda del fragmento, puesto ahí como si nada, que le encantaba a los posmos. Me gusta el trozo que te refiere a algo mayor pero que está oculto; como un ladrillo manchado por humo que te señala que en esa casa hubo un incendio y murió gente ¿vistes?*

Pensé que ya habíamos empezado con la entrevista, así que arreglé mis cosas lo mejor que pude, y un poco nervioso, saqué una libreta (otra) para tomar algunas notas. Elegí la menos adecuada. Era una engordada por algunos trozos de papel, boletas y -peor- fotografías. Al ver el filo de una de sus páginas, constaté que metida allí estaba la foto de Viviana, mi ex mujer. Distinguí un par de centímetros del verde de un follaje al atardecer, en la zona central de Chile. Recordé el pasto donde estuvimos sentados, sonriendo, mientras su madre nos tomaba una foto que ignoro (me pregunto ahora, perturbado) por qué no boté cuando dejamos de ser 2 y me vine a vivir a Buenos Aires.

Además, la libreta estaba manchada por algo que parecía

tinta, así que cuando la apoyé en mi muslo noté como manchaba mi pantalón. De negro. Genial. La sombra del fuego de la casa arrasada por el incendio. En ese momento, entró un hombre joven a la sala, besó a Staforelli en la boca y me saludó levantando la mano. El gordo me preguntó si él se podía quedar a la entrevista. Le dije que no había problema. Se levantó del sillón, como quien va a buscar algo a la cocina. El hombre quedó sentado en un sillón lateral. El beso lo había puesto en hibernación.

Abrí la libreta y anoté 2 ó 3 líneas de localización. Una costumbre mía. Datos del tipo *Departamento iluminado en el barrio de Once. Muchos libros. De fondo suena la radio, sin poder saber qué emisora es. Alguien habla. Otro le contesta. Pueden hablar de fútbol como de adivinanzas. Una mujer ríe. Se cuele el ruido de los vecinos.* En ese instante, apareció Staforelli con una peluca de bucles rubios, los labios pintados de rosado fuerte, con una especie de peto flúor de una tela indefinible; luego su hinchada y morena panza, y una minifalda que tanto podía ser de cheerleader o de niña de colegio caro.

¿Staforelli, es necesario esto para la entrevista? le pregunté, como si una voz saliera de mi interior sin participación del razonamiento. No me percaté de la expresión que ponía el hombre, que había entrado minutos antes al salón. Era altamente probable que no existiera. Ni la expresión ni el hombre.

Por supuesto, me contestó; si no, no hay entrevista. Acto

seguido entrompó sus gordos labios y me besó en la boca, ruidosamente, y dijo algo así como *Me pondría silicona en los labios pero es muy caro*. Yo estaba en esa posición de demostrar costumbre a todo lo que pasaba; como si viniera de vuelta. Como si las balas (o las botellas rotas, las fotos o las libretas) hubieran pasado ya, silbando por encima de mi cabeza. Staforelli afeminó completamente la voz y se autobautizó Lisa Dahomey y no supe si era un nombre de batalla o si parodiaba a alguien que realmente existía, como cuentan que los travestis prostitutos, allá en Valparaíso, hace algunos años, trataban de parecerse a Christina Aguilera o Xuxa.

Como fuere. *Lisa Dahomey, estrella del porno callejero*, como proclamó, se acercó otra vez para besarme los labios, mientras su mano derecha me agarraba los testículos; primero suavemente, luego con fuerza. Me dolió. Se lo dije. Quitó la mano. Sonrió. Volvió a sentarse.

Ya, chileno, preguntame. La que responde por “La sombra de las palabras” soy yo.

(...)

¿Sabés de dónde proviene el término “pseudónimo”? Lo empezaron a ocupar los cristianos, poco después de la muerte de su profeta. ¿Te has fijado que nunca sabemos cómo, de verdad, se llamaba Cristo? Si Emanuel, si Jesús, si Jesucristo...El cristianis-

mo es la primera forma de anonimato. El mismo hecho que los 2 volúmenes de la Biblia, el antiguo y el nuevo testamento, sean apócrifos, te sostiene esa idea...

— Pero los evangelios tenían firma... “Según San Lucas”, “Según San Marcos”, le digo.

Ese es otro ocultamiento. ¿Quién carajo era San Lucas? ¿Cómo se llamaba realmente? Los cristianos creían que todo estaba escrito finalmente por su dios. Luego se lo atribuían a otras personas. Es probable que esos libros no fueran redactados por un solo autor, y esa teoría es bastante extendida; es decir, que se trate de libros escritos entre varios pero ahí radica otra contradicción fundacional del cristianismo. Lo que yo llamaría el Problema de la Asamblea. ¿Quién es más importante? ¿El grupo de personas que se reúne para adorar a un dios o esa especie de ministro o mediador, es decir, el pastor del rebaño? Esa contradicción forma parte del cristianismo. Por eso, los tipos le ponen Evangelio según San Poronga cuando es probable que sean textos colectivos, escritos en períodos distintos. Necesitan el nombre como una excusa para darle orden al asunto. O más que orden, cierto reconocimiento. Luego, dicen “realmente fue Dios”, lo que es una excusa mayor. La excusa mayor. Por eso, creo que los cristianos fueron los primeros ocultadores de la autoría”.

- ¿Quiere decir que el autor que usa un pseudónimo no es un más que un ordenador de textos escritos en épocas diversas?

Lisa Dahomey mira por primera vez al hombre, sentado allí, al lado, y le hace un gesto con las cejas, que puede ser un

saludo, una pirueta de seducción o una mueca de hastío. El hombre no se da por enterado. Sigue en coma. *Se nota que les gustaba Pinochet*, comenta, sin mirarme.

(...)

Días después, Hugo, de la revista, me manda un mail. Pregunta qué tal voy y si llego al cierre. Le adjunto la entrevista, la foto de Lisa Dahomey y le anoto como comentario:

“Creo que hay Metástasis si Federico Staforelli habla de su libro. O por su libro.

Lisa Dahomey no es un pseudónimo. Es una sombra funcionaria. Como los pehuenches de Matías Carlos Baratuszic (“El lugar ausente”, pág. 123), que para sus ceremonias, no era la machi la que hablaba en el trance sino otro encargado del clan llamado machife. Él hablaba por la machi. Había sido criado por ella, desde muy pequeño. Baratuszic no distingue si el machife comunica, traduce, adapta, distorsiona o inventa. Es como si tampoco las palabras importaran tanto.

Ese es el asunto”.

(...)

Hugo no responde. Pasan las semanas. Voy al kiosko. Compro la revista. No publican la entrevista.

“Yo, que me he paseado en un féretro”
(oído una noche en un bar).

3 de noviembre

EN PEDAZOS

A Saavedra le dijeron que sólo serían algunos meses. Que era la oportunidad de hacer harta plata. Había que aguantar, sí. Aguantar como nunca y luego librar. Después sería otra vida. Se lo contó Carmona, el que trabajaba en el Notorious. Saavedra aprieta los dientes, aspira el aire húmedo y pesado del puerto; mira hacia los autos que pasan por delante suyo con la música a todo dar. Siente el percutir del bajo en la caverna que tiene por panza. Es como el instante previo al estruendo. Todo en él se contrae. Pero no estalla.

(...)

De niño, Saavedra tenía un pastor alemán llamado Hans. El perro aguantaba sin quejarse el diminuto patio de la casa pareada donde vivían, en el segundo sector de Playa Ancha. Así que, a cada tanto, con su padre lo sacaban a pasear, alejándose de las calles estrechas del barrio, enfilando hacia el océano. La secuencia siempre era la misma. El perro delante, corriendo;

luego ellos. En un segundo, Hans se detenía y se volteaba con la lengua afuera, mirándolos. *Se está riendo*, le decía su padre. Cuando se acercaban algunos metros, Hans daba un salto y reemprendía la carrera.

Esa tarde los llevó hasta un pasaje. Casi de inmediato, vieron cómo acorraló a un perro menudo y bicolor que había salido desde un patio. Saavedra escuchó la voz de su padre, como si hablara desde debajo de la tierra: *Ah, este encontró un quiltro... Y a este no le gustan los quiltros*. El perro pequeño mostraba los colmillos, gruñendo aterrorizado, refregándose contra una pared de ladrillos. Lo que siguió fue breve. Hans atacó 2 veces. En la primera, mordió al quiltro abriéndole el lomo; en la segunda, tras cerrar las fauces sobre el cuello, lo inmovilizó contra el piso. Del hocico del quiltro salpicaban aullidos cortos y agudos. Saavedra recuerda que todo se detuvo hasta que su padre dio un silbido y Hans soltó al perro que huyó dejando un chispeo de sangre oscura sobre el pavimento.

Bien hecho, dijo su padre, acariciándole la cabeza.

Caminaron hasta el mirador sobre los acantilados. El sol se ocultaba tras las nubes pero su reflejo tapizaba de brillo el mar. Volvieron.

Al entrar al pasaje, Saavedra observó cómo se les aproximaron 2 hombres jóvenes. Uno vestía el buzo del Santiago Wanderers. El otro llevaba puesta una sudadera de color claro. Alcanzó a ver sus brazos y un tosco tatuaje de una mujer rodeada

por una serpiente. Al final del brazo había una mano. Esa mano apretaba una pistola que a Saavedra le recordó un auto viejo. No imaginaba que un arma podía lucir así; las que conocía en fotos o en la cartuchera de los carabineros siempre eran negras y relucientes. El del tatuaje le gritó a su padre: *Así que voh soi el culiao que anda metiendo miedo con el perro*. Su padre quedó inmóvil. Saavedra no recuerda oírlo respirar. No hubo silbido. El del tatuaje alzó el brazo, apuntó a Hans con esa pistola vieja y disparó varias veces. Saavedra no recuerda más.

(...)

Los irregulares, como los denominaba el instructor, también poseían armamento pesado. Había que ser cuidadoso con ellos. Eran hábiles, conocían el terreno y su arma fundamental era el odio. El odio que les ordenaba atacar aunque supieran que no sobrevivirían a la incursión. El odio transformaba su muerte en un final amable. No importaba que cayeran, importaba cuántos se llevaran. No peleaban por plata, como ellos, piensa Saavedra que el instructor pensaba decir y no les dijo.

El instructor decía llamarse Frank Olmedo y aseguraba ser panameño. Hablaba el castellano con esa entonación de los caribeños que le resultaba chistosa, especialmente cuando le tocaba decir el nombre de los oficiales, de algún artefacto o una ciudad que él mismo aprovechaba de calificar como *americana*.

Cuando pronunciaba la palabra en inglés lo hacía de un modo que ni Saavedra ni sus compañeros podrían jamás. Olmedo también pronunciaba como nadie el nombre de la empresa porque era en inglés.

El trabajo era simple. Tenía que custodiar instalaciones. Los soldados *americanos* estaban librando una guerra; no podían preocuparse de vigilar una refinería, ni de cuidar al personal de aseo ni de echar a andar un camión de bomberos. Para eso estaba la empresa.

(...)

En la base había un afgano apodado Stink porque apesataba. Podía tener 25 como 55 años. Saavedra lo contemplaba con asco al principio. Los *americanos* lo tenían allí porque limpiaba los baños. Además, Stink siempre llegaba con algún tipo de souvenir. Un día se le acercó.

Ten dollar, mister... A true soviet army patch.

Antes que Saavedra pudiera responderle, el afgano extrajo de su pantalón raído un pequeño trozo de tela bordado donde se distinguía una gran estrella roja sobre el cañón de un tanque.

It 's true, mister... Ten dollar.

Saavedra examinó el parche. Cree entenderle a Stink que aquella división de tanques voló por los aires cuando al ascender por una loma, tocó una mina puesta por la guerrilla; o cuando

un misil impactó la columna. Piensa en Playa Ancha. En algún amigo. En alguien a quien mostrárselo y decirle, yo estuve ahí y un afgano hediondo a mierda me vendió lo que quedó de un oficial comunista.

Ok... Stink, you have your ten dollars.

La expresión del afgano al recibir el billete es muy parecida a la de un niño al recibir un gran pedazo de torta. Stink se retira haciendo reverencias.

(...)

Trabajaba de portero en el Foxxys cuando Falcon lo contactó. Lo ubicaba de vista. De algún concierto en el puerto o en Quillota porque Falcon también había sido punk como él. La cosa ahora iba distinta. Falcon se había rapado y usaba una casaca negra. Lo invitó a un local donde había más como él. A esos también los identificaba. Bebían cerveza y miraban con menosprecio a quienes les rodeaban. Falcon les habló de la necesidad de dar golpes más contundentes; que había que pasar a la ofensiva. Citó a un general alemán que él nunca había oído: “Los guerreros conocen su sino. Deben marcarlo sobre el terreno como una cicatriz para que los inferiores sepan cuál es el límite”. Los demás escuchaban en silencio. Saavedra recuerda que algunos apretaban los vasos de cerveza. Que quizás la tierra tembló un poco porque el líquido pareció moverse. Luego,

Falcon puso un plano dibujado a mano sobre la mesa, y uno a uno los llamó de otra forma.

(...)

Toda la tierra era de un solo color. Café. Montañas, valles, caminos. Hasta la gente era café. Un café mugriento, con manchones; como mierda seca. Saavedra no lo charlaba con nadie pero a las 2 semanas ya echaba de menos el azul del océano de Playa Ancha. En sueños, también visitaba nuevamente las calles del puerto que le recordaban un gigantesco árbol de pascua al que se le caían las guirnaldas, de viejo.

La empresa les dio un uniforme. Gris. Con una insignia que llevaba un águila y algunas estrellas. También una gorra con el mismo logo. El instructor además les entregó un bastón, un aparato de radio y una pistola impoluta. Saavedra la cogió y distinguió las cabezas de plomo de las balas, dispuestas como un anillo en la recámara. Silenciosas, dormidas. Sintió sed.

A estas las llaman cortacamellos, les comunicó Olmedo. Como nadie entendía el chiste, el instructor lo repitió en inglés para que los *americanos* que les rodeaban se rieran.

Vino un *marine* rubio con una caja de cartón agujereada. La puso en el suelo y la abrió. Del interior surgió una araña como Saavedra nunca había visto. Parecía hecha de los escasos troncos de arbustos que se veían cerca de la base. Tenía el tamaño

de un gato. Se movía con torpeza. Desperezándose. Abría y cerraba lentamente las 2 tenazas rojizas de la cabeza. Saavedra estaba tan impresionado por el bicho que la voz del instructor le pareció venir desde un valle lejano.

Pay attention!

Frank Olmedo tenía una de esas pistolas pulcras en la mano. Apuntó a la araña y disparó. La cabeza con las tenazas salió eyectada hasta las botas de un colombiano que trabajaba para la empresa y que dió un salto hacia atrás, mientras emitía un grito breve y aflautado. Todos se burlaron.

(...)

¿A quiénes odia más Saavedra?

¿A los peruanos? En verdad, el puerto es tan pobre que ni inmigrantes llegan.

¿A los negros? En secreto -no se lo ha dicho a nadie- le calientan mucho las negras. Cómo se mueven. Ese culo carnoso que tienen. Pero tampoco ha visto a muchas.

¿A los judíos? No conoce a ninguno.

¿Los maricones? Más bien, le parecen chistosos y decadentes. Recuerda que cuando era niño, el maricón Richard, que atendía una botillería en el tercer sector de Playa Ancha, fiaba petacas de ron y les regalaba pitos de yerba a todos los pendejos del barrio. Alguno decía que era porque se los quería

culear pero, más bien, Saavedra pensaba que el Richard quería ser importante para alguien y esa era su manera de conseguirlo.

Si tuviera que elegir, Saavedra odia a los universitarios. Esos jovencitos de clase media que van a ese edificio monumental, ubicado en una de las esquinas del barrio de Playa Ancha; que fuman yerba y se emborrachan fuera de los bares aledaños y que tienen tiempo y dinero para hacerlo. Mantenedidos por la plata de sus padres o del Estado, y que cuando quieren pelear por algo, hacen barricadas que los pacos revientan a los pocos minutos. Luego tienen abogados propios que los sacan de la comisaría.

Ahora en la puerta del Foxxys tiene a 3 de esos, con los ojos enrojecidos, apestando a pisco y que intentan entrar para luego vanagloriarse que asistieron a un nightclub del puerto. Saavedra los hace esperar. Les dice que le entreguen sus carnets. Los muchachos se niegan y le contestan que van a pagar la entrada y el consumo así que qué tanto. Saavedra sabe que don Walo, el dueño del local, está observándolo desde la barra. Sabe que no puede destrozarle los lentes de un puñetazo al universitario como lo anhela. Se gira y se mete tras unas cortinas; simula que consulta a un compañero si los estudiantes pueden ingresar. Luego regresa y les pide nuevamente los carnets. Los jóvenes continúan negándose. En ese instante, don Walo sale a averiguar qué pasa y Saavedra debe cambiar la actitud y les indica a los estudiantes que pueden pasar. Mientras saluda al

dueño, alcanza a estirar un pie para que el último universitario tropiece y se azote la cabeza en los peldaños de la escalera.

(...)

Estuvo 2 semanas en la cárcel que corona la ciudad. Quizás del barrio, o cuando iba a comprar yerba, identificaba a un par de presos que jamás se le acercaron.

Cuando arribó al pasillo del módulo, Saavedra recuerda los gritos y los silbidos. Lo llevaron a una celda con los primos que lo miraban con distancia. Esa noche durmió en el suelo, con su mochila como almohada. A la mañana siguiente, en el patio, se le acercaron 2 hombres que lo saludaron con la mano derecha alzada y lo llamaron camarada pero a ellos no los vio nunca más. Esa tarde le robaron toda su ropa. Durmió en el suelo otra vez. Al otro día, vino un jovencito moreno y con el cráneo a medio rapar, cargando una bolsa de plástico de la que sobresalían algunas calcetas y calzoncillos. La dejó en el suelo, frente a él, y lo llamó de una manera como nunca le habían dicho.

(...)

Olmedo les contó que ese día sería especial porque irían a un lugar donde todavía se estaba peleando. Los *americanos*

contra los irregulares, dijo. Que iban a ver acción. La empresa esperaba que ellos, este grupo de empleados especiales, provenientes de diversas partes del globo, se comportaran del modo acordado.

Subieron a un camión que olía a envoltura plástica. Saavedra advirtió que tras ellos se metieron Stink y 2 afganos más, vestidos con uniforme militar. La transpiración le pegaba la camiseta a la espalda. Cuando intentaba acercarse a la ventana del transporte para inhalar un poco de aire, el valle le devolvía una bocanada caliente de polvo y humo.

(...)

Se dejó crecer la barba y el pelo porque pensaba que en la calle lo reconocían todos.

Con Carmona coincidieron trabajando como rondines en un edificio en construcción en Viña del Mar. Carmona quería ser carabinero pero se daba cuenta que envejecía. A veces, Carmona llegaba al turno con una botella de ron y ponían música toda la noche, desde una radio a pilas, que colgaban en la casucha. A unos metros, Saavedra identificaba las siluetas de los vecinos que corrían las cortinas y los miraban. Un par de veces, -Saavedra estaba seguro- llamaron a los pacos para que fueran a vigilarlos; a ellos, a los guardias. Luego volverían a encontrarse con Carmona trabajando como porteros en los nightclubs del plan.

Carmona lo reconoció pese a la barba. Le dijo que platicaran. Estaba cambiado Carmona. Parecía como si los ojos se le hubieran hundido. Se metieron a un bar. Carmona le contó que se había enterado de su caída. Que de Falcon nunca más supo nada. Que se rumoreaba que había huido a Perú, con su novia. Le dijo que quería ayudarlo. Le habló de una empresa que reclutaba gente como ellos. Saavedra le preguntó cómo así. Carmona le dijo que no preguntara tanto y se metiera a una página web que le anotó. Que él ya había trabajado allá. Que se ganaba buena plata pero que había que aguantar, aguantar como nunca antes, y luego librar y quedar asegurado.

(...)

La empresa le pagó el pasaje. Saavedra no puede reconstruir la secuencia. Algo no conecta. Ve a su padre y a su madre, como en una fotografía, en el living de su casa. Probablemente sí, sea una fotografía. Siente el ronquido mecánico en los pies, luego en las piernas. El temblor en la panza. La imagen se decolora. Huele el vómito. Ve vidrios quebrados. Mira a Falcon dándoles la señal para que se bajen de la camioneta. La imagen adquiere ese tono anaranjado sucio del alumbrado público del puerto. El trueno bajo el culo. Un pendejo de cresta roja que se desploma. Una botella en llamas que vuela hacia el interior de un galpón. Un adolescente de capucha negra se pulveriza

entre las rodillas y las botas de sus camaradas. Alaridos. Insultos. El avión se eleva. Se envuelve en nubes. Todo desaparece. La imagen adquiere el color de su cuarto, en la mañana. El cielo de Playa Ancha refulgiendo entre la pared y la cortina. Un golpe. La luz destroza la ventana. Levanta la cortina. Otro golpe rompe la puerta como si fuera un hueso. Ve los tubos de las ametralladoras. Escucha los gritos. Las manos en la cabeza, conchetumadre. Llanto tras la pared.

(...)

Cuando bajaron del transporte, aún podía escuchar detonaciones en las colinas cercanas. Saavedra recuerda que el suelo no tenía vegetación alguna. El aire era delgado como si no sirviera para respirar.

Todo estaba inmóvil. Había manchas negras sobre las rocas. Aún humeaba el esqueleto calcinado de un vehículo. Saavedra percibía mezclados el aroma a aceite quemado y a carne asada. Tuvo deseos de vomitar. Algunos pasos más allá, a un costado de lo que quedaba de una trinchera, tras unas piedras, estaban los cuerpos de 3 irregulares. Al fondo podía distinguir las ruinas de algunas casuchas. Aquí, una ametralladora yacía tirada sobre las piedras. Un poco más allá, una pierna amputada que terminaba en los restos de una bota.

Los irregulares huyeron hacia las montañas, les decía Olmedo. Nuestros *marines* son bravos y han ido a buscarles.

No durarán mucho.

Saavedra deambuló un poco más. El casco le ardía sobre la cabeza. Notó que Stink y los afganos fumaban y hablaban entre ellos. Los observó un poco. Advirtió que sonreían cuando sus miradas se cruzaron.

Caminó de regreso al camión. Olmedo y el resto seguían allí. Charlando, tomando fotografías. Algunos empleados de la empresa habían sacado palas y cajas.

Vio al irregular corriendo directo hacia ellos. Sus ojos oscuros y el rostro sudoroso enmarcado por la barba negra; vio la mano que se llevaba a la cintura, al mecanismo que haría explotar las alforjas que le rodeaban.

Saavedra sintió que todo en él se apretaba.

Vio cómo la frente del irregular se abría y mostraba, primero, un trozo de carne roja y brillante, y luego una sustancia parecida a una esponja de baño, rosada y húmeda, que voló por el aire, quedándose atrás de su cuerpo, suspendida, negándose a acompañarlo.

El irregular cayó al suelo de espaldas.

Saavedra y sus compañeros quedaron inmóviles, con la aridez del valle llenándolos por dentro. El *americano* pasó por su lado, riéndose con la ametralladora humeante por encima del hombro.

Hahaha. You weak latinos. Stop piss on your pants, fags.

Saavedra notó bajo sus botas un charco oscuro, más

oscuro que esa tierra que lo marca como una cicatriz.

(...)

A Saavedra le dijeron que sólo serían algunos meses. Que era la oportunidad de hacer harta plata. Había que aguantar, sí. Aguantar como nunca y luego librar. Se lo contó Carmona, el que trabajaba en el Notorious, el que lo conocía de la pega de rondín. Falcon debe estar comiendo ají de gallina. Saavedra aprieta los dientes. Frank Olmedo riega el prado de su casa en Connecticut, pronunciándolo de un modo en que sólo él puede. Aspira el aire húmedo y pesado del puerto. En letras muy pequeñas, al reverso de la insignia que le vendió Stink, se puede leer *Made in China*. Mira hacia los autos que pasan con la música a todo dar por la calle. Es como el segundo previo al estruendo. Todo en él se contrae pero no explota. No entiende porqué sigue aquí, coloreado por el letrero luminoso del Club Foxxys. Como antes.

Te preocupa que los días pasen leves, sin peso, como si no dejaran nada en tu vida.

7 de septiembre

LA CASA MUERTA

La casa ya no está allí. La casa nunca sospechó que alguien la recordaría.

(del diario de Jonas Mekas)

Una muchacha camina a un sitio que cree seguro. Parece que no amanecerá nunca. La carretera es estrecha; la berma termina deshilachándose en los costados. También hay una niebla sucia, cálida que trae el aroma de las casas rajadas; bocas abiertas que exhalan olor a comida y ropa sin lavar. La muchacha camina como haciendo equilibrio. No lleva lágrimas secas porque no alcanzó a llorar cuando la tierra se movió, crujieron los postes y comenzaron a caer los frutos secos de los árboles; una tormenta que no viene desde arriba sino de abajo; que a todos los aquieta pero los remece como nunca antes lo experimentaron. Luego surgen los gritos y las alarmas de los autos estacionados, elevándose como una humareda.

La muchacha camina enfrentándose a un cielo que no cambia de color. Que luce como una mano empuñada.

El paisaje la devora, calladamente.

(...)

Si las palabras fueran trozos de hielo.

Si las palabras fueran trozos de hielo de un continente que, lentamente, se vuelve líquido. Las olas se llevan pedazos día a día. Una mordida es una pausa que se transforma en movimiento. Que deja de ser.

Las palabras se licúan. Ya no pueden contener el sentido porque el transcurso del tiempo, el movimiento, es más poderoso.

Elena para de escribir. Le da una chupada al cigarrillo artesanal que ha sostenido entre el índice y el anular de la mano izquierda.

Recuerda al abuelo de Luna, a Carlos Zúñiga Ulloa, el periodista y poeta. Poco antes de morir, las palabras que le habían servido para cohesionar una forma del mundo, se le escapaban. Las que lo habían salvado en la prisión política, regresaban al aire, al fuego, al agua. Ganaba el caos. Los trozos volaban y el anciano, sentado en una silla en su departamento casi vacío, únicamente, los contemplaba.

(...)

Abre la cama. Luna duerme dentro, con la cara hacia la pared, como acostumbra. Apaga la luz y se gira. El calor sobre el pecho le avisa que su mujer está allí, que no es necesario alargar los brazos y que, al cerrar esa jaula, su cuerpo quedará acoplado al suyo. Luna, medialuna, medialuna recostada; ella

respira lejos, ronca a cada tanto. Es en su zona menguante donde se ubican sus tetas, su panza, su vientre. Elena no los puede ver, sólo siente. Cierra los ojos, se entrega a la seguridad del calor de su amante.

(...)

La seguridad también debe ser un pedazo a derretir.

Otra noche soñó que se desnudaba en una playa vacía. Sacó de su mochila algunos frascos de témpera Fultons, como la que usaba en la escuela. Mezcl  el rojo con el negro; luego añadió azul y violeta. Esos colores le recordaban el interior de los ojos de Luna.

Con un pincel comenzó a escribirse palabras sobre la piel. Pensaba que al despertar las recordaría para volver a escribirlas.

Se metió al mar. Perteneció un rato a las olas.

Al salir, se miró los brazos, los muslos y el pecho. Las palabras habían desaparecido por completo.

(...)

Salen a caminar por el barrio. A diferencia de Luna, Elena aún le teme a los perros del sector. Tampoco le gustan estas calles angostas e inclinadas, con autos chinos estacionados, uno tras otro; con esas veredas cuarteadas que limitan con un

antejardín donde los vecinos, todos los fines de semana, meten bulla con sus serruchos eléctricos (ella les lanza una bolsa con sus meados). Pero, especialmente, le desagradan por los perros que, aprovechando la negligencia de sus dueños, se escabullen y le ladran.

Te pasa con los perros la misma weá que a mí con las pelotas de los cabros chicos, le ha dicho Luna. Elena se ríe con la historia. *Pendejo que chutea una pelota, pelotazo que recibo; es como si tuviera un imán que atrajera las cagás*, le cuenta por segunda o tercera vez. A Elena no le importa. Es como su miedo a los perros. Miedo, sobre todo, a los más chicos, el tamaño del barrio; mientras más pequeños más *aliñados*, decía Luna.

Ella la nota silenciosa. *En la casa hablamos*, comenta Elena. Caminan un rato. Luna se detiene. *Mejor ahora*, exclama. Elena le habla de los sueños.

(...)

Cuando se murió la madre poco después del padre, los hijos reñidos entre sí, irreconciliablemente, cerraron la casa.

Para impedir que llegaran unos cartoneros que quisieran invadir la vivienda, uno -da lo mismo quién- decidió contratar a unos obreros para que cubrieran con ladrillos las ventanas del primer piso y la puerta.

Otro hermano dio el beneplácito a una empresa para que,

delante del frontis, instalara una estructura de metal para fijar letreros publicitarios que anticipaban conciertos y películas. La casa se transformó, ese otoño, en un número perdido, una fachada inexistente, una dirección que se erradicó del mapa.

Una familia de mendigos vino a construirse una chabola apoyada sobre el panel.

Sobre la azotea quedaron esparcidos algunos restos. Entre estos, una piscina de goma. Una pelopincho, como le dicen.

(...)

Le palpa la nuca; luego intenta contener la curva del cráneo de su mujer en la cavidad de su mano. Luna se gira con los ojos en estallido. Las lágrimas le hacen surcos en las mejillas. No puede dejar de besarla hasta que llegan a su pequeña casa. Le quita la ropa con brusquedad. Tras recorrerla completa se pone como gata en pos de su vagina. Cuando terminan, Luna se echa a llorar mirando hacia el techo. Elena cree que una niña pequeña ha habitado dentro de ella todos estos años.

Si te abrazo ahora no podré soltarme nunca más, escribe Elena en un papel poco antes de marcharse.

(...)

Carlos Zúñiga Ulloa. De él recuerda que leía mucho pero

no escuchaba. De su rostro que, lentamente, había adquirido la expresión de cuando miraba al mar, hace muchos años, allá lejos, en el sur, le dijo una tarde Luna.

(...)

Elena vive en un monoambiente. Su única ventana da a la azotea de la casa muerta. Puede ver una cuerda para colgar ropa y la pelopincho que aún guarda un poco de líquido oscuro.

Sobre el piso desteñido, el sol dibuja los contornos de las construcciones alledañas. El sol avejentado del otoño.

(...)

Ruido de maquinaria desde una construcción cercana. Dos líneas de micros. Frenos. Bocinazos. Aceleradas. A veces, los obreros gritan palabrotas a las mujeres que transitan abajo.

Un gato peludo y gris cruza la azotea. Pasa detrás de la pelopincho y salta hacia una esquina, donde hay una escalera de acceso. Allí se divisa un pequeño techo y sobre este basura y un termotanque. El gato brinca hacia otra casa. Desaparece en medio de las latas y los fierros oxidados.

Llega la noche.

Desde un departamento del edificio de enfrente, un hombre se grita con una mujer. El cuadrado de luz se proyecta

contra un muro cercano. Sin embargo, la silueta de la pareja no aparece. La discusión se alarga por un rato. Se oyen insultos y un portazo final.

Las hojas del árbol de la calle se mueven al compás sosegado del viento.

(...)

Elena escribe pero las palabras ya le son como gotas de un mar congelado hace mucho, allá lejos. Anota fechas. Lleva una bitácora de recuerdos, observaciones, imágenes, sueños... pero no sabe a qué conduce, a qué se debe.

(...)

Sobre el lecho sintético de la pelopincho comienzan a amontonarse las hojas secas del árbol cercano. En algunos días van a llenar el fondo.

(...)

El sol se despoja de calor. Por las tardes, su luz desvaída cubre la pared de los edificios.

(...)

Hoy vino Vale. Trae una muzzarella y cervezas. *Si falta pedimos más*, dice con voz ronca. Con una cuchara hace saltar la tapa de la primera. Pega en el techo. Se ríen.

(...)

Se lo dijo, mientras estaban acostadas sobre la colchone-
ta, tras un silencio. Ultimamente, Elena se daba cuenta que a
ninguna le incomodaba quedarse callada por largo rato.

Recordó una piscina pública donde su madre les enseñó
a nadar; a ella y su hermano. Era un acuario desbordado de
cuerpos infantiles. Recuerda los húmedos escalones anaranja-
dos y el griterío. De pronto, caerse al agua y que voces, niños
y adultos se sinteticen en el silencio y la visión fugaz de trozos
de cuerpos anónimos. Como si contemplara una obra de teatro
tras bambalinas. O a través de un velo.

Vale le respondió: *Más que las piscinas llenas, me inquietan
las piscinas vacías.*

(...)

Ruido de latas y golpes de martillo. Al abrir la ventana,
Elena distingue dos obreros jóvenes arreglando el techo de una

casa interior, detrás de la azotea de la casa muerta.

Trabajan un rato. En un momento, uno de ellos se pone a mirar hacia allí. Se anima. Sobrepasa el límite entre las propiedades y comienza a caminar por la superficie salpicada de latas, un par de sillas oxidadas, la pelopincho desteñida y cientos de hojas secas, prensadas por alguna llovizna. El otro obrero lo mira. Alguien les silba socarronamente desde la construcción cercana.

(...)

Carlos Zúñiga Ulloa. Luna le contó que él le había dicho, una vez, que bajaba a la playa, allá en el sur, con un libro, un cuaderno, quizás con una manzana o un sandwich de pan con pan y la espalda resguardada por el aliento cálido de los álamos.

Miraba el mar, en esa bahía que aún no bautizaba nadie, y bosquejaba las palabras que reconstruyeran su sensación. El hombre se quedaba la tarde completa del domingo, su día libre, observando el horizonte, las gaviotas, y las figuras que dejaba y borraba la espuma sobre la arena.

Cómo traducir esto en palabras, le decía que se decía. Cómo trasladarlo al recipiente del lenguaje.

Luego, feliz o entristecido, le pegaba una mirada al libro que lo acompañaba.

(...)

Elena camina hacia el sur. En ese barrio donde los lanchones yacen varados en canales turbios y malolientes. Más allá, se ven galpones ruinosos donde alguna vez funcionaron almacenes. La ciudad parece desgranarse.

Vale le ha dicho que *ni en pedo* camine por allí a esa hora.

Pero Elena vaga. Se trepa a las ruinas de un muro que ahora funciona como un observatorio; como un punto de vigilancia usado por alguna pandilla de niños sobrevivientes y sádicos. El sol comienza a hundirse tras los edificios cuando se sienta. Enciende un pucho y ahí está.

Un lanchón devorado por la herrumbre permanece a pocos metros de la orilla, semihundido en el agua cenagosa. Tiene algo de animal muerto, piensa. Un poco más allá, en la otra orilla, hay un grupo de personas que contempla algo indefinido. Ella no sabe quiénes son. Si trabajadores, o estudiantes, o turistas pues nada parece calzar.

En ese momento, Elena escucha el motor de un vehículo que pasa a sus espaldas. No lo ve. Cuando su oído registra el paulatino eclipse de ese sonido, y sospecha que el vehículo se aleja, un nuevo ruido surge, incrustado en el otro. Luego se apaga rápidamente. Es una voz a través de un megáfono. Quizás es una de esas camionetas que anuncian espectáculos o compran cálefontes y ollas viejas. Pero Elena recordará, mucho después,

que la voz amplificada no promociona ni ofrece comprar nada. Escucha, más bien, el recorte tosco de una conversación cualquiera. Un modo acordado de llamar un acto. Un estampido de vida concreta. La posibilidad de habitar otra existencia.

Lagrima. Algo la ha tocado pero no sabe qué significa. Observa desde su posición de tiro esa bahía aniquilada, rodeada por el horizonte moteado de la ciudad.

Fuma.

En silencio.

“Como que la calma la cansa a una”.
(oído en el mercado)

17 de junio

COLADOR

Sus ojos indicaban que su origen estaba muy lejos de estos pagos. No sé bien cómo explicarlo... Era como si la línea del horizonte la tuviera dentro, en algún punto del interior de su cabeza, y eso le permitía una libertad que era desconocida para nosotros. Supongo que, fuera donde fuera, el mundo se iba a reducir a ese pedazo de tierra donde llegase.

Apareció una media tarde por Santa Marta. Nadie lo vio caminar por la carretera ni descender de algún camión. Sus botas, chamuscadas por la caminata, eran prueba que el hombre era más bien un engendro de eso que veíamos más allá, y que denominábamos de una sola forma: El campo. Así, con el tono que se emplea para hablar del cielo, del fuego y del mal. Cosas sin fondo.

¿Cuántos años tenía? Ni idea. El aparecido no hablaba. A nuestras interrogaciones respondía con el profundo de sus ojos negros. En el almacén de Ayala, observando su manta tan gruesa y sucia que parecía hecha de adobe, aprendimos a entenderlo. Si estaba agradado abría la boca y hacía una mueca que

volvía a trazar las arrugas de su cara. Ese remedo de sonrisa lo acompañaba con unos ruiditos agudos desde su garganta. *Dice que sí* exclamaba entonces la mujer de Ayala, alzando la voz y le allegaba un mate. Ocurrió lo mismo con el vaso de grapa, o de vino; con el pedazo de asado, con la frazada y el galpón para que pasara la noche.

Una mañana, el movimiento se reunió en Santa Marta y llegaron los delegados de varios pueblos. La asamblea sería en la escuela. Encaminamos para allá con él. En un momento de la reunión, mientras un delegado hablaba de esto y aquello, el aparecido se puso a un costado de dos tipos que venían enmochilados y que nadie sabía bien a qué organización pertenecían. Abrió mucho los ojos y comenzó a respirar agitadamente mientras los apuntaba con su dedo enterrado. Cada jadeo era como un gruñido; cada gruñido como trozos de material sólido cayendo en su interior. Nadie entendía nada y los enmochilados se reían.

Algunos días después lo comprendimos.

Cuando intentamos cortar la ruta que lleva a Pozo Hondo, aún no aclaraba cuando la policía provincial nos estaba esperando.

Furiosos, desconcertados, volvimos a Santa Marta y nos encontramos con los ojos del aparecido; con su silencio que, lentamente, nos fue ganando a nosotros también. En esa inmensidad, se realizó el bautizo.

Lo llevamos cada vez que el movimiento se volvió a juntar en algún pueblo. En todas, acertó con los soplones y los infiltrados.

A partir de una de esas asambleas, ya no recuerdo en cuál, lo empezamos a llamar Colador y su mueca, sus ruiditos agudos, sus ojos de campo y silencio nos confirmaban que no nos habíamos equivocado.

Piensas en la ciudad de la que procedes.

Piensas en que el único modo en que puedes regresar es en un sueño, o en este modo escombroso de recordar.

3 de septiembre

ESCOMBROS

Era el último día en la pequeña ciudad del sur. Habían llegado desde un lago cordillerano donde acamparon un poco clandestinamente. Esteban pasaba gran parte del día, tendido en esa playa de arena tan oscura como el agua que, a veces, se inquietaba y un rizo recién formado iba a alisarse a la orilla. Le habían contado que ese lago no tenía fondo. Que alguna vez, unos turistas se hundieron y nunca encontraron sus cuerpos. Magdalena, entretanto, se iba a caminar; subiendo y bajando los senderos tapizados por las costras de los troncos. Una tarde, le dijo que había visto unos adolescentes de piel blanca en una pequeña lancha motorizada. Se escondió entre los quilantales mientras los observaba descender a la playa, hablar a gritos y luego volver a embarcarse y arrancar, dejando, por algunos instantes, un eco en el aire y un montón de espuma alborotada sobre el agua.

Tras esos días arribaron a la pequeña ciudad del sur. Los hospedajes estaban llenos. Cada vez que traspasaban la mampara, distinguían las cabezas de los visitantes en el comedor,

mirando el festival por televisión; luego se fijaban en el rostro de la dueña, su gesto compasivo e impotente que les indicaba que esa noche allí no; entonces, se giraban, dejaban algunas hojas trituradas en el umbral y volvían a la caminata.

Iban por la calle principal. Las mochilas pesaban y sobre sus caras la llovizna se mezclaba con transpiración.

(...)

De ese año, Esteban recuerda que el cielo de la capital olía a bombas lacrimógenas y goma quemada. Había carabineros de las Fuerzas Especiales en muchas esquinas.

Alejandra le mandó un mensaje de texto al teléfono. Decía que ya lo tenía todo solucionado. Le anotó las instrucciones de cómo llegar. Desde el terminal, tomó un taxi. Era de noche. El chofer tenía encendida la radio. Lucía tenso pero no habló de política. Veía personas agrupadas fuera de alguna botillería o un minimarket. Miraban hacia la calzada, como si esperaran algo impreciso. Como cuando tiembla muy fuerte. El taxista bajó la velocidad, acercó el vehículo a la vereda y se detuvo cerca de un hombre joven. El chofer le preguntó por cierta calle. El joven le dijo que para ese sector había electricidad; que fuera tranquilo.

Esteban bajó del taxi y comenzó a caminar por una avenida amplia, que tenía un bandejón con pasto algo reseco. No se observaban peatones. Alejandra apareció al fondo, desde

una esquina, y se vino derecho hacia él. Lo besó en la boca y preguntó si le pesaba la mochila. Le respondió que no. Luego siguió consultándole sobre el viaje.

(...)

Con Magdalena caminaron otra cuadra. La llovizna arreció. Vieron un bar. Se metieron. Estaba vacío. Pidieron una cerveza. Se sentaron al fondo. Esteban miró sus ojos oscuros. Ella le preguntó si estaba preocupado. Un poco, le contestó. Magdalena dijo que, por último, pasaban la noche ahí. Esteban le respondió que estaba cansado, que los mosquitos le habían comido las pantorrillas. Además, quería ducharse. El dueño del bar les preguntó si encendía el televisor para que miraran el festival. Esteban dijo que no pero ella contestó que sí, sonriendo. El dueño sonrió de vuelta. Luego Magdalena lo miró: *Es pa' cagarse de la risa un rato, no más.*

(...)

La avenida del bandejón se ramificaba en un barrio de canchas de baby-fútbol enrejadas y almacenes con las cortinas bajas. Todos tenían la pintura descascarada y nombres garabateados, siluetas de insectos y rostros a medio terminar. Luego seguían blocks de unos 5 pisos, con ventanas coloreadas por

cortinas y luces interiores. Calculó que ya debía ser pasada la medianoche.

Tras los blocks había una villa de casas pareadas. Alejandra abrió la puerta de una. *Aquí es*, le dijo. Había un living-comedor prácticamente sin amoblar, con una luz tenue en una esquina. En una silla, una mujer joven miraba su celular. Se levantó y saludó a Esteban con un beso en la mejilla. Notó que no era chilena; probablemente colombiana o venezolana. Alejandra le preguntó por un hombre. La mujer le respondió que estaba durmiendo y que, seguramente, sólo se levantaría muy avanzada la mañana. Alejandra le propuso dejar la mochila en la pieza. Subieron por una escalera estrecha a un segundo piso. Abrió una puerta. Dentro estaba oscuro pero con la luz del pasillo pudo distinguir dónde dejar el bulto. Se sacó la parka. Alejandra lo abrazó por atrás. Sintió la tibieza de sus labios en su mejilla.

(...)

Pidieron otra cerveza. El festival continuaba. Ahora se presentaba un imitador que provocaba un vendaval de pifias. Magdalena se reía. Él no podía. Miraba a la puerta, a las gotas de lluvia que se volvían visibles un segundo frente a los focos de los autos. Le dijo que le preguntaría al dueño si conocía un lugar donde alojar. El tipo era mayor y vestía un chaleco de lana gruesa, que parecía no haberse cambiado hace mucho.

Observaba el festival de soslayo. Le comentó que el imitador había sido bueno en una época. *Ahora se lo van a servirse*, pronosticó. También dijo que no conocía a nadie que diera hospedaje. Quizás más hacia el centro pero *es difícil en estas fechas; debe estar todo lleno*. Esteban volvió a la mesa, desanimado. Magdalena tenía el vaso a medio vaciar. Lo miró en silencio y luego se volvió al televisor.

(...)

Bajaron al living. La mujer seguía sentada mirando su celular. Alejandra le preguntó por el taxi. Ella dijo que tendría que haber llegado. Luego, la venezolana o colombiana levantó la vista y le pidió que cuando el hombre despertara, le avisara que se había ido bien. Alejandra le respondió que ningún problema.

Le ofreció una taza de te. Aceptó. Entraron a una cocina que tampoco tenía mucho mobiliario. Le preguntó por el hombre que dormía en el segundo piso. Le dijo que era un amigo que estaba de paso y le habían prestado la casa. *¿Quién le prestó la casa?* siguió. *La familia de los antiguos suegros*, le respondió. Como no comprendía, Alejandra le explicó que el hombre estuvo mucho tiempo emparejado con la hija del matrimonio pero que esa relación había acabado, *en buena*; que cada vez que él venía por algunas semanas a Chile, los antiguos suegros le facilitaban la casa. *Él se va mañana*, agregó. En ese momento

sonó una bocina fuera. A los segundos, entró la colombiana o venezolana a despedirse. Luego oyeron cómo cerró la puerta. Alejandra le propuso subir al dormitorio.

(...)

Cada vez que vuelve a la pequeña ciudad del sur, algo parece cambiar, algo parece permanecer.

Los locales comerciales del centro. Son huecos donde se instala, cada pocos meses, un nuevo emprendimiento, como le llaman ahora. Un mes de julio era un cibercafé. En diciembre, una tienda de comida y ropa para mascotas. En marzo, un Todo a Mil.

En el centro también está el cráter donde se localizó la cuadra comercial, es decir, el lugar donde funcionaron los Almacenes Arantzazu, la tienda más grande y antigua de la ciudad, arrasada por un incendio, durante un fin de semana largo. La humareda se divisó desde los pueblos vecinos. Una columna marrón cortando el cielo arbolado del sur. Los bomberos tuvieron que extraer agua desde el río que rodea la ciudad. Fue inútil. Los Almacenes se transformaron en un montón de escombros humeantes. Los 600 trabajadores fueron despedidos y la familia Arantzazu se marchó de la ciudad para no regresar jamás.

En esa cavidad, cuyas paredes aún están sombreadas por

la flama ausente, alguien escribió con spray: “Somos del fuego. Hacia el fuego vamos”.

(...)

Las cortinas estaban juntas y la luz del farol de la calle trazaba una línea anaranjada en la pared. Se desnudaron en silencio. Esteban palpó las sábanas, gruesas, ásperas. Alejandra lo abrazó. Se besaron largo. La sentía temblar. Bajó desde su cuello. Le lamió los pezones. Le dijo que estaba muy caliente. Quería entrar en ella pero la ebriedad del momento le parecía igualmente gozosa. Se puso encima. En un momento, Alejandra le pegó con el puño cerrado en la cara. No muy fuerte pero sí, lo sintió. En la penumbra, atisbó los agujeros húmedos y brillantes donde tenían que localizarse sus ojos. Sintió su respiración gimiente y su olor. Le agarró el cuello con firmeza. Alejandra le volvió a dar un puñetazo. Sintió el impacto. Con el pulgar, Esteban le levantó el mentón lentamente hasta inmovilizarle la cabeza. *Suéltame*, murmuró. Ella le agarró la mano. Con la otra le arañó el brazo. Él se zafó y le atizó en la mejilla con la palma abierta. Sonó seco. Alejandra se quejó. Aceleró la respiración. Le intentó pegar nuevamente pero falló. Probablemente tenía los ojos cerrados. La mujer entrelazó los pies sobre su espalda, a la altura de sus riñones. La punta del pene de Esteban sentía el calor viscoso de su vagina. Llevó el pulgar desde su mentón

a la boca. Ella lo tragó. Le examinó el paladar con la yema. En un instante, se sacó el dedo y se acarició los labios con la piel humedecida. Soltó su mano y le agarró el mentón; hundió las uñas en su barba. Él volvió a apretarle el cuello. Alejandra gruñó. Esteban le sujetó el otro brazo pues sospechó que le iba pegar otra vez. Ella lo insultó. Él la abofeteó fuerte. Gritó. La penetró lentamente. Se movió con fuerza creciente. Alejandra no paraba de insultarlo. Cuando tuvo el orgasmo gritó su nombre. Luego se puso a gemir. Esteban eyaculó. Cerró los ojos y se dejó consumir por la sombra. Cayó a un costado como quien encuentra una grieta para guarecerse en una tierra de nadie.

(...)

Entró al bar un hombre robusto, de barba corta, con algunas canas. Se acercó a la barra y habló un par de cosas con el dueño que Esteban no alcanzó a escuchar. Observaba el televisor, un poco somnoliento ya. Magdalena se había dejado caer sobre su hombro. En un momento, el dueño lo llamó: *Joven*. Miró. El hombre robusto se acercó a la mesa. Desde el fondo, le dijo *él arrienda unas piezas y los puede llevar*. Esteban dio la mano al gordo, le habló a Magdalena y comenzó a levantar sus cosas.

Cuando salieron del bar, notó que la lluvia había parado. Aspiró. Podía oler la profundidad de los bosques a kilómetros de distancia. *¿De adónde son?* le preguntó el gordo. *De Valpa-*

raíso, contestó. *Ah. ¿Les gusta el Wanderers?* Antes que pudiera responderle, dijo: *Perdió*.

Llegaron hasta la avenida principal, a una propiedad con paredes de concreto, oscurecidas por los hongos. Del otro lado se podían distinguir algunos arbustos. El gordo abrió la puerta de la reja. Oía a cigarrillos baratos. *Entren nomás*, dijo. Esteban iba tras él. Magdalena lo seguía. Podía imaginar sus ojos oscuros, muy abiertos. Cada hoja enjorada por pequeñas gotas. En un momento, gritó: *Ayyy ¡Pisé un caracol!* El gordo la miró algunos segundos. *Acá está lleno*, murmuró sin afición. Al final del sendero había una construcción grande y cuadrada. Una casa de dos pisos; de cemento, probablemente. Escuchó cómo el gordo movía unas llaves y abría una puerta. Luego encendió una luz. El salón, de paredes blancas y parquet oscuro, apareció delante como una escenografía, como un tablero de juego.

(...)

¿A qué huelen las casas vacías?

Cuando Magdalena se marchó de la casa donde vivían, él sólo pudo retornar semanas después. Lo había llamado por teléfono. Dijo que era imposible llevarse a la gata; que él se encargara.

Cogió la llave desde su bolsillo. Un vecino pasó cerca y lo saludó pero no añadió nada más. Esteban se lo agradeció men-

talmente. Abrió la puerta. En la sala grande, donde alguna vez estuvo la mesa y las sillas del comedor, había una caja de cartón con un chaleco de lana. A un lado, dos cuencos de plástico. Uno con pellets, otro con un poco de agua. Desde la caja, la gata irguió su cabeza bicolor. Bostezó. Las cortinas blanquecinas de sus ojos se replegaron. Luego maulló. Lo reconoció. Él cerró la puerta tras de sí. Le brotaron las lágrimas. Debió ser la gata paseando entre sus piernas como un recuerdo.

(...)

Está oscuro. La línea de luz del farol sigue ahí. Su carne está tibia y húmeda. Alejandra solloza quedamente a su lado.

(...)

El gordo avanzó encendiendo luces y anunciando *esta es la cocina, si quieren cocinar; este el baño; aquí hay una pieza; aquí hay otra*. Subieron a un segundo piso. La casa era grande y no tenía mueble alguno. Las paredes estaban pintadas de blanco pero sucias por un trajín ya inexistente. Ocasionalmente, se distinguían manchas de líquidos que se vertieron. También la sombra en negativo donde hubo un cuadro. O un autoadhesivo infantil que olvidaron despegar. Una pieza del segundo piso sólo exhibía un catre y un colchón. En otra, había un esqueleto de

litera. Apoyado en la puerta de esta última, el gordo esperaba la respuesta a la pregunta *¿cuál les gusta?*

(...)

Pagaron y se marchó. Previamente, les pidió que a la mañana siguiente se fueran antes de las 12. Magdalena se sentó en el colchón. Le dijo que creía que la casa no era del gordo y la había arrendado ilegalmente. Afuera había comenzado a llover otra vez. Bajaron al primer piso. Esteban abrió la puerta. Cruzaron el jardín hasta la reja, cerrada pero sin llave. Regresaron bombardeados por la lluvia.

Con mucho esfuerzo llegó hasta el baño. Se desnudó. No había cortina en la tina y las baldosas quedarían salpicadas. El agua de la ducha estaba fría. En un instante, su jornada completa se deslizó piel abajo.

Cuando Esteban regresó al dormitorio, Magdalena ya dormía profundamente. Apagó la luz como si quisiera apagar el mundo.

Soñó.

(...)

Aquella casa vacía ya no existe más.

Años después, Esteban volvió a la pequeña ciudad del

sur. En la propiedad, ahora podía verse un sitio arrasado, como tantos otros. A un lado, escombros y arbustos arrancados y resecos. La maleza había crecido sobre los montones. En el muro perimetral, alguien había pintado un mural donde se repetía la figura de un pilmaikén. O su sombra.

La sombra del pilmaikén remontando un río torrentoso.

(...)

Camina sobre las ruinas de una ciudad que conoció.

(...)

En una de las visitas a la pequeña ciudad del sur, Esteban encontró un restorán de comida tailandesa. Estaba lejos del barrio comercial, en una calle que concluía en el río. Fuera, alguien había puesto un letrero con la expresión Thai food. Era de noche y estaba lloviendo. Entró. Dos o tres mesas de madera, muy pegadas entre sí. Un televisor tipo plasma, a un costado, donde pasaban una teleserie chilena. No había ningún comensal. Tras el mesón, vio la nuca de un hombre bajo y tostado. Se volteó. Lo saludó brevemente, inclinando la cabeza. Era el tailandés. Esteban se acercó. Le preguntó qué tenía para comer. El otro lo miró en silencio. Pensó. Le alargó un cuadernillo de hojas bond plastificadas. Allí había nombres

extraños. Para orientación, había puesto sobre cada nombre una fotografía del plato y una muy genérica descripción: Sopa picante con cebollín y algas. Esteban le indicó una. El tailandés abrió la boca. *¿Picante?* preguntó. *Sí*, le contestó Esteban. El otro se giró al mesón donde preparaba los platos. A un costado estaba la cocina, con las ollas lanzando vapor. *¿Tiene cerveza?* inquirió. *No alcohol*, le respondió el oriental. Esteban se sentó, rodeado por el sonido del televisor y el golpe del cuchillo al tronchar tallos y hojas.

En los días posteriores, Esteban regresó. Nunca pudo aprender a pronunciar el nombre del tailandés. La segunda o tercera noche le consultó si podía comprar una lata de cerveza en la botillería cercana. *Cuidado policía*, respondió. Esteban sonrió. El otro no.

Le preguntó por qué no ponía películas de su país en el televisor. Le pasó el estuche con los discos. *Usted*, le dijo el tailandés. Esteban revisó. Encontró algunas originales con la carátula en su idioma. Le preguntó por esas. Repitió: *Usted*. Esteban apretó play desde el control remoto. La película tenía subtítulos en inglés. Un hombre estaba sentado en una sala, con un revólver en la mano. Miraba hacia el fondo de un salón, con el cañón hacia abajo. Parecía más estar meditando que en guardia. Había algo de derrota en su cuerpo; de fatiga, de caída. Luego aparecieron pedazos volátiles con otros momentos y lugares. Escolares que corrían a través de un bosque. Una mujer

bella y sombría atravesaba el salón de una casa sin amoblar. El suelo tenía un color parecido a la sangre envejecida. El bosque comenzaba a arder. Un hombre escapaba desde un cuarto y llegaba a otro cuyas paredes estaban cubiertas por bolsas de basura que se hinchaban por el viento. Los niños eran rodeados por el fuego. Transmisiones de TV con fallas, con imágenes de soldados ejecutados por algún francotirador. La niebla dorada de la mañana engullendo una ciudad costera.

El tailandés vino con la sopa. Esteban se atrevió, por primera vez, a indagar por la foto de una niña, enmarcada en rosa, sobre un pilar cercano a la cocina. El hombre pronunció un nombre; luego añadió: *Hija*.

La niña era muy morena, tenía el pelo negro, ojos alargados y sonreía. Vestía un delantal azul y una corona de cartulina coloreada que, seguramente, ella misma recortó y pegó. Debía andar por los 6 ó 7 años. Esteban advirtió que sobre la imagen había una dedicatoria impresa. Día del padre, podía leer. Además, un año reciente y el nombre de una escuela en algún pueblo del sur chileno. Se lo comentó. El tailandés lo miró sin agregar nada más. Luego se giró a fregar unas cacerolas.

Afuera era de noche otra vez y llovía.

Í N D I C E

EL TONO (DE LO) QUE SE DESVANECE.	7
PUERTO PORTAL	19
HUELLAS	29
LA VUELTA.	37
LA POSICIÓN DEL ARTISTA	51
PASAJEROS	59
INÉDITO	69
EN PEDAZOS	81
LA CASA MUERTA	97
COLADOR	111
ESCOMBROS	117

COLOFÓN

EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

EDICIONES

ESCOMBROS © FELIPE MONTALVA PERONI, RPI 277.219, ISBN 978-956-9301-25-4, FUE EDITADA Y PRODUCIDA EN LOS TALLERES INUBICALISTAS DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO. PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G Y COUCHÉ DE 300 G, CON TERMOLAMINADO OPACO PARA LA PORTADA. SE IMPRIMIERON 100 EJEMPLARES EN EL MES DE JUNIO DEL AÑO 2017. “PUERTO PORTAL” GANÓ EL CONCURSO DE CUENTOS DE LA REVISTA GRIFO, DE LA ESCUELA DE LITERATURA CREATIVA DE LA UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES, EN 2013. “EN PEDAZOS” RECIBIÓ UNA DISTINCIÓN EN EL CONCURSO DE CUENTOS DE REVISTA PAULA, EN 2014.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

C ON LA LUCIDEZ QUE PUEDE OTORGAR EL DESENCANTO DE LAS UTOPIÁS –SEAN SOCIALES O PERSONALES– EL AUTOR TRAZA EN 11 RELATOS UNA SENSACIÓN DE ÉPOCA, DE UN PAÍS POSMODERNO PERO CON LOS PIES EN EL BARRO: EN ESTE PREDOMINA LA MÁSCARA, LA FUGACIDAD DE LOS VÍNCULOS Y LOS CONFLICTOS INTERNOS DE UN LUGAR QUE TIENE EL IMPERATIVO DE UN BIENESTAR ECONÓMICO E INDIVIDUAL POR SOBRE TODO. NARRACIONES FRAGMENTARIAS Y FINAMENTE HILADAS. LUGARES DE PASO, CIUDADES QUE CAMBIAN RÁPIDAMENTE Y SE HACEN PREMATURAMENTE EXTRAÑAS, RELACIONES HUMANAS QUEBRADAS O FUGACES, BARRIOS DONDE SE PAGA CUALQUIER PRECIO PARA ESCAPAR DE LA POBREZA O LA FALTA DE HORIZONTES. ÉSTOS SON ALGUNOS DE LOS HILOS CONDUCTORES DE ESTE LIBRO.